



Cuando
Cupido...
mete la pata

NOVELA
CORTA

NISHA SCAIL



Cuando
Cupido...
mete la pata

NISHA SCAIL

CUANDO CUPIDO... METE LA PATA

NISHA SCAIL

COPYRIGHT

Cuando Cupido... mete la pata

© 1ª edición Febrero 2017

© Nisha Scail

Portada: © www.fotolia.com

Diseño Portada: NS

Maquetación: NS

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

DEDICATORIA

A **ti**, que lees estas palabras.
Gracias por sumergirte de nuevo en mis letras.

Nisha Scail

ARGUMENTO

Lo último que Valentina Vishow quería hacer ese día era salir de la cama para entregar un maldito paquete, especialmente cuando el destinatario vivía en el medio de ninguna parte. Estaba claro que lo que había empezado como un mal día solo podía ir a peor: el coche se le había muerto a medio trayecto, alguien la había atropellado dejándola en la cuneta y terminó despertándose en la cama de un completo desconocido que amenazaba con hacer saltar todas sus defensas.

Eros Ward no deseaba otra cosa que dejar atrás ese estresante día. Por si no fue suficiente acoger la fiesta de San Valentín de ese año en el camping que regentaba, ahora tenía que lidiar también con la desconocida que habían metido en su cama, una cuya lengua afilada y voluptuosas curvas prometían más de un caliente e inesperado problema.

Cuando Cupido mete la pata las cosas solo pueden ir a peor... o arreglarse definitivamente.

ÍNDICE

| |
|-----------------------------|
| COPYRIGHT |
| DEDICATORIA |
| ARGUMENTO |
| ÍNDICE |
| PRÓLOGO |
| CAPÍTULO 1 |
| CAPÍTULO 2 |
| CAPÍTULO 3 |
| CAPÍTULO 4 |
| CAPÍTULO 5 |
| CAPÍTULO 6 |
| CAPÍTULO 7 |
| CAPÍTULO 8 |
| CAPÍTULO 9 |
| CAPÍTULO 10 |
| CAPÍTULO 11 |
| CAPÍTULO 12 |
| CAPÍTULO 13 |
| CAPÍTULO 14 |
| CAPÍTULO 15 |
| EPÍLOGO |

PRÓLOGO

Cup observó cómo el sol despertaba elevándose en el horizonte, la tranquilidad de la mañana, el canto de los primeros pájaros y el suave viento meciendo las copas de los árboles lo hizo sonreír.

Este era el día que esperaba año tras año, en el que daba comienzo su tarea y al mismo tiempo ponía punto y final, un trabajo eterno para un ser inmortal, pero uno del que disfrutaba como solo el dios del amor podía hacerlo.

—Dios, haces que los demás quedemos a la altura del betún levantándote antes de que salga el sol.

El saludo llegó desde sus espaldas, sonrió interiormente y se giró para ver al hombre que llevaba el camping en el que llevaba un par de años viviendo. Eros llevaba una taza de humeante café en las manos, a juzgar por su aspecto, el retirado *Ranger* no parecía de muy buen humor.

—No te preocupes, dudo que nadie más, exceptuándote a ti, esté despierto a estas horas de la mañana y menos en esta parte del país —replicó con tono jocoso—. Somos los únicos que nos despertamos al mismo tiempo que las gallinas.

—Habla por ti, Cup, yo todavía estoy intentando quitarme las legañas.

Sonrió. Eros era el gerente del camping *The Woods*, una serie de cabañas de madera destinadas al turismo rural, perfectas para aquellos que necesitaban escapar del mundanal ruido y las bulliciosas ciudades o, como hoy, para celebrar una romántica noche o largo fin de semana.

—Será mejor que empiece a hacer café para los demás, hoy va a ser un día movidito —continuó con una mueca, giró sobre sus talones y volvió a entrar en la cabaña principal, el centro del camping y dónde se encontraba el comedor, la cocina, el salón común y las dependencias privadas del hombre.

—No tienes idea de cuánto —replicó en voz baja, más para sí mismo que para él.

Las reservas para ese día estaban completas, algunos de los campistas ya estaban allí y otros llegarían a lo largo de la mañana, al final del día, el complejo estaría lleno.

Se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y extrajo el cuaderno con solapas de color rojo.

—Hora de ponerse a trabajar —murmuró abriendo el cuaderno y empezando a revisar sus páginas—. Veamos... tú no... tú tampoco... todavía no ha llegado tu momento...

Repasó una a una cada página haciendo pequeñas anotaciones aquí y allá con una pluma en forma de flecha dorada hasta encontrar lo que buscaba.

—Ah, sí. Aquí estás —golpeó un par de veces el papel—. Bien, bien... todo va según lo planeado.

Cerró el cuaderno satisfecho y lo devolvió al lugar de dónde lo había sacado. Tenía una larga jornada de trabajo por delante, una fiesta que organizar y un pellizco de romanticismo y deseo que esparcir por el camping. Solo esperaba que este año algo de eso cayese también sobre Eros, ese hombre ya había pasado bastante tiempo solo.

CAPÍTULO 1

El silencio se rompió por la insistente y repetitiva melodía del despertador. Valentina odiaba aquel sonido que agujoneaba la conciencia y obligaba hasta al más dormido de los mortales a abandonar la calidez del lecho para enfrentarse a un nuevo día. Se revolvió en la cama, refunfuñando, deseando con todas sus fuerzas que aquel maldito cacharro se quedase sin pila, o mejor aún, estallara en pedacitos. No funcionó, la melodía continuaba abriéndose paso con abrumadora insistencia en su cabeza. Con un suspiro de rendición, deslizó el brazo por debajo de las mantas y palpó a ciegas hasta encontrar el interruptor de la lámpara de noche. La luz rosada que emitía despejó la oscuridad del dormitorio.

Abrió un ojo a modo de prueba y volvió a cerrarlo inmediatamente ante la molesta claridad antes de suspirar y volver a intentarlo. Enfocó hasta conseguir leer la hora en el reloj digital que seguía vibrando sobre la mesilla.

—Mierda. —masculló, su voz pastosa por el sueño. Tenía que levantarse, le esperaba por delante un viaje en coche de lo más estresante.

¿En qué momento se le había ocurrido la brillante idea de ayudar a su madre con las entregas de la tienda online? ¡Y el catorce de febrero, nada más y nada menos!

En serio, ¿quién diablos quería salir a la carretera, hacer un montón de kilómetros para entregar una caja de San Valentín?

Charleen Vishow era como la versión femenina de Cupido cualquier mes del año, pero en este era incluso peor y eso hacía que se le pusieran los pelos de punta. La semana anterior la había llamado para pedirle que le echase una mano con las entregas, la última de las cuales tenía que entregar hoy. La dichosa caja tenía que ser entregada en Bear River, un pequeño pueblo a las afueras, tan a las afueras que le llevaría más de seis horas llegar conduciendo.

—Gracias por el palizón que voy a tener que pegarme, mamá.

Suspiró, hizo las mantas a un lado y se levantó de la cama. La luz del sol había empezado ya a filtrarse por las rendijas de la persiana que había quedado mal cerrada, lo cual era toda una novedad ya que la última semana había llovido para llenar un lago y el sol apenas se había dejado ver entre las nubes. Hoy, sin embargo, la mañana presentaba un aspecto diferente. Tras levantarla y abrir la ventana para que entrase un poco de aire fresco, confirmó lo que podría llegar a ser un buen día si las nubes llegaban a despejarse completamente.

—Hora de darse una ducha y espabilarse —murmuró estirándose, le dio la espalda a la ventana y cruzó la habitación para meterse en el baño y empezar su jornada.

Le habría gustado quedarse en casa, abrir el frigorífico, coger un helado y pasarse todo el día viendo películas, pero había tenido que elegir entre hacerle ese favor a su madre o pasarse el día envolviendo ramos de rosas en su floristería; el encargo de su progenitora prometía ser menos vomitivo.

No. No le gustaba San Valentín.

Demasiado rojo, demasiados corazones y demasiado azúcar, era como si la gente solo recordase ese día que existía el amor y sintiesen unas ganas irrefrenables de restregarles su felicidad a todos en la cara.

Consumismo puro y duro, eso era lo que era el catorce de febrero. Una excusa para comprar y gastar, esa fecha que no se olvidaba como los cumpleaños y los aniversarios y en los que, si no recibías una puñetera flor o unos chocolates, eras prácticamente unaapestada.

Amor. Oh sí. A ella también le habría gustado creer en el amor, sentir ese cosquilleo en el estómago y soltar corazoncitos por los ojos, pero a lo largo de sus treinta y seis años de vida, había llegado a la conclusión de que Cupido ni siquiera conocía su dirección.

Así que, ¿cuál era el mejor sustituto del amor? El sexo. Que se olvidasen del chocolate, una sesión de cama podía arreglarle la noche a una chica, sobre todo si dicha sesión era con el compañero adecuado.

—Una pena que Keith no esté en la ciudad —murmuró pensando en el abogado que había conocido un par de meses atrás y con el que solía salir muy de vez en cuando a tomarse algo.

Su relación se basaba en «*¿Estás libre? ¿Nos tomamos una copa y echamos un polvo?*». Quien pensara que una mujer no podía tener la iniciativa en el sexo, era gilipollas. ¿Dónde decía que el hombre era el único que podía salir a divertirse sin ser pisoteado después?

Su visión de las relaciones personales estaba bastante tocada, lo sabía, pero la culpa la tenía en gran medida la educación liberal de su madre y los fallidos amoríos que había tenido a lo largo de su vida.

Sí, Cupido se había olvidado completamente de ella.

Terminó de ducharse en tiempo récord, se envolvió en una toalla y salió secándose el pelo con otra. Limpió el espejo con una pasada de la mano e hizo una mueca al ver su aspecto.

—No. Ni el mejor de los estilistas va a poder arreglar esto.

Llevaba el pelo casi a la altura de los hombros, cortado en lo que en algún momento habían sido dos capas, un color a caballo entre su natural color zanahoria y los reflejos que todavía le quedaban del último cobrizo que se había aplicado.

—Semana que viene, a la peluquería —se recordó.

Suspiró y se apresuró en darle unas últimas pasadas con la toalla para reemplazarla por el aire caliente del secador. El tiempo jugaba en su contra, los minutos parecían pasar más rápido de lo normal, pero siempre era así cuando se tenía prisa.

Su estómago rugió recordándole que todavía no había desayunado y si no se daba prisa en enfundarse la falda, la blusa y las botas para salir disparada hacia la cocina, seguiría rugiendo hasta que pudiese parar para comer.

Tenía que comprobar que el GPS del teléfono había guardado la ruta que había programado o sería capaz de terminar en Alaska. Era la primera vez que viajaba a esa zona del estado y no tenía la menor idea de cómo estarían las carreteras, solo esperaba que lo suficiente despejadas como para que pudiese llegar a su destino sin mayores problemas.

—Y más te vale meter la caja de marras en el coche, Val, o tendrás un problemón del tamaño del lago Michigan si no lo entregas —se recordó a sí misma aleccionándose ante el espejo—. Solo a mí se me ocurre aceptar hacer estas cosas.

Sacudió la cabeza, terminó de secarse el pelo y finalmente pasó a la cocina para disfrutar de un rápido desayuno. Tenía que salir temprano, la esperaba una larga jornada de conducción por delante y no le apetecía tener que quedarse a hacer noche a la vuelta.

Había dejado todo listo en la floristería para los próximos dos días, pero sabiendo el trabajo que habría hoy, tendría que pringar ella misma el resto de la semana para darles un día libre a cada una de sus dos empleadas.

No se molestó ni en sentarse, se sirvió una taza de café, añadió leche y tuvo el tiempo justo de tomar un sorbo antes de que su teléfono empezase a sonar.

—Estupendo —lo miró como si fuese una serpiente a punto de morderle. Respiró profundamente y contestó—. Hola mamá. Tengo las llaves en una mano, la caja delante de mis narices y en cuanto termine de tomarme el café saldré por la puerta.

—No deberías abusar de ese brebaje, Valentina, tiende a matar las neuronas.

—Las mías son a prueba de bombas —replicó tomándose con el desayuno—. ¿Necesitabas algo o solo me llamas para asegurarte de que salga disparada?

—¿Tienes apuntada la dirección?

—Y la ruta cargada en el GPS.

—No salgas muy tarde. Tienes un buen trayecto por delante y los del tiempo dicen que hay bancos de niebla por la zona...

—No te preocupes, mamá, tus avisos meteorológicos a menudo terminan como el *Titanic*, hundiéndose en la miseria —replicó interrumpiéndola—. Saldré en media hora y tendrán su paquete rojo lleno de corazoncitos a primera hora de la tarde.

—Valentina...

—Te llamaré a la vuelta. Besos. Te quiero.

Cortó la comunicación. Si la dejaba, su madre seguiría y seguiría hasta que diesen las campanadas de ese año, lo cual, teniendo en cuenta que estaban en febrero, sería cuando menos desquiciante.

Adoraba a su progenitora, de verdad que sí. Ella la había sacado adelante sin más ayuda que su propio ingenio. El cabrón de su padre había decidido que sería divertido ponerle los cuernos cuando no tenía ni dos años y largarse con una chica quince años menor.

Sacudió la cabeza y se terminó el café.

—Dios... espero que el día mejore.

CAPÍTULO 2

No solo no mejoró, sino que parecía ir a peor.

Valentina suspiró por novena vez, el estribillo de la canción «*Surviver*» parecía burlarse de ella mientras se internaba en el tráfico y cogía el primer desvío a la derecha que le marcó el GPS. Llevaba varias horas conduciendo y, por una vez su madre parecía haber dado en el clavo en su predicción del tiempo. Las pasadas lluvias, unidas a los ocasionales bancos de niebla estaban haciendo el viaje mucho más lento de lo que le gustaría.

Con la mirada puesta en la carretera, extendió la mano derecha buscando a tientas el botón de cambio de emisora, el habitáculo se llenó al momento con estática e interferencias hasta que consiguió encontrar una emisora con meridiana claridad.

—...nubes y claros a primera hora de la mañana, con algunos bancos de niebla en el interior que se irán levantando a medida que avance el día...

—Fantástico, el canal del tiempo. —A veces se preguntaba si los meteorólogos no se dedicarían a lanzar una moneda al aire y decidir que si caía de cara haría buen tiempo, y si caía en cruz, llovería.

Consultó el reloj situado en el salpicadero y soltó un juramento, a estas alturas tendría que haber llegado ya al pueblo aledaño al camping.

—Como no entregue el jodido paquete a tiempo, soy Vishow muerta y desheredada.

Sin embargo no podía avanzar más rápido, en ocasiones había tenido que levantar incluso el pie del acelerador porque no veía más que un par de metros por delante.

—Cojonudo día para salir a la carretera, sencillamente cojonudo.

Entrecerró los ojos y agudizó la vista intentando ver más allá de su nariz; las luces antiniebla apenas cortaban la densa cortina que se iba encontrando en tramos.

—¿Por qué no podía ocurrírsele montar, no sé, un tienda online de tartas a domicilio? No, tenía

que liarse la manta a la cabeza y hacer puñeteras cestas de regalo —rezongó tras el volante—. Y aún encima con servicio a domicilio. Cestas cursis, rositas y con corazoncitos. Por favor, que venga alguien y me secuestre, me haría un enorme favor.

Los altavoces del coche volvieron a zumbiar con estática, acompañados de un juramento en voz baja. La luz de los faros del coche no conseguía penetrar aquella niebla, cambió a las luces de largo alcance, pero lo único que veía era niebla

—Maldita sea, no se ve nada —protestó al tiempo que accionaba el limpia parabrisas, intentando ver más allá de la cortina—. Nada en absoluto.

Avanzó lentamente, acelerando en los tramos en los que parecía levantarse un poco para tener que aminorar cuando volvía a cerrarse. Continuó durante lo que le parecieron horas, y apenas eran un par de kilómetros, antes de que el coche empezase a hacer unos extraños traqueteos.

—No, no, no... por tu madre... No lo hagas...

Empezó a sacudir la cabeza cada vez con más efusividad hasta que el motor decidió morirse allí mismo.

—¡No me jodas! —Se quedó contemplando el cuadro del salpicadero. Su mirada voló de inmediato al contador de la gasolina, todavía tenía medio depósito. Sacudiendo la cabeza con incredulidad, movió las llaves en el contacto y trató de arrancar de nuevo sin éxito.

Un pequeño rugido del motor y se calaba de nuevo. Y así ocurrió durante los cinco minutos que pasó intentándolo.

—Mierda de coche. —farfulló golpeando el volante. Se soltó el cinturón de seguridad y abrió la puerta. La niebla se movió a su alrededor, aprovechando el espacio ahora abierto para entrar en él mientras ella daba se dirigía al capó y lo levantaba.

¿Por qué no podían los coches ser como las plantas? Al menos, de esa manera, podría saber si le faltaba agua, le sobraba o directamente necesitaba fertilizante para sobrellevar alguna enfermedad. Era de lo que ella entendía, de jodidas plantas, por algo había montado una floristería, pero no tenía ni idea de partes sucias y grasientas que podían encontrarse bajo el capó del coche.

Con un suspiro volvió a bajar la pesada tapa y echó un vistazo a su alrededor.

—De puta madre. Sí. Esto hace que mi día sea aún mejor.

Volvió al interior del coche para ponerse la chaqueta, intentó serenarse y probar a arrancar de nuevo el motor.

—¡Cabrón! ¡Cacharro de desguace! —farfulló mientras oía el ronroneo del motor cuando luchaba por encenderse—. ¡Enciéndete de una jodida vez!

Nada. La desesperación la llevó a aporrear el volante. Arrancó el bolso del asiento y cogió el móvil del soporte solo para sofocar un grito al ver la pantalla.

—¿Cómo que no hay cobertura? —exclamó en un chillido. No conforme con ello, movió el teléfono por todo el coche antes de marcar el número de su taller habitual. Su mecánico se estaba haciendo de oro con las reparaciones. Su rostro no tardó en reflejar lo que pensaba al oír... *«el teléfono al que está llamando está apagado o fuera de cobertura»*—. Esto no puede estar pasando, no, no puede estar pasando...

Echó la cabeza hacia atrás, descansando en el asiento y cerró los ojos. La presión y los nervios siempre le provocaban dolor de cabeza, y el que tenía en aquellos momentos empezaba a rivalizar con los bombos de una orquesta.

Maldito teléfono. ¿Cómo podía haberse quedado sin cobertura?

Su mente empezó entonces a hacer unos rápidos cálculos de la zona en la que estaba y el trayecto que todavía le quedaba por delante. Unos ocho kilómetros si el GPS había funcionado bien antes de que todo se jodiese.

—Está bien —masculló pegándole una palmada al salpicadero—. Veamos si podemos conseguirte una grúa, jodido hijo de puta.

Se remangó, puso el coche en punto muerto y quitó el freno de mano, tenía que sacar el maldito cacharro del medio de la carretera.

—Empujar el puto coche, ya era lo que me faltaba.

Abrió la puerta y empujó con todas sus fuerzas hasta que se movió unos centímetros, el cambio de ángulo de la carretera hizo que el vehículo cogiese impulso y prácticamente terminó en la cuneta.

—Dios... menuda mierda de día —siseó entre jadeos y miró a su alrededor.

Tenía que salir de allí, buscar alguna gasolinera o casa desde la que pudiese llamar a una jodida grúa.

—Tú te quedas de momento ahí, estúpida caja —resopló mirando el objeto culpable de ese viaje.

Cerró el coche e hizo una mueca. A su alrededor todo eran sombras, siluetas y zonas oscuras dibujadas por la niebla, a duras penas podía ver un par de pasos por delante de sus pies.

¿Y así pensaba encontrar una jodida gasolinera? ¡Ni siquiera estaba segura de dónde estaba!

—La madre que me parió —exclamó en voz alta, su voz resonando en un vacío eco que le puso los pelos de punta—. Esto no puede estar pasándome, sencillamente no puede estar sucediendo.

Armándose de valor, se subió la cremallera de la chaqueta, se colgó el bolso al hombro y utilizó la función de linterna del teléfono para seguir adelante. No eran más de las tres de la tarde, pero la zona estaba tan oscura como si estuviese anocheciendo.

Los tacones de sus zapatos se convirtieron en la banda sonora de ese estúpido paseo de casi dos kilómetros, la maldita niebla la estaba empapando hasta el punto de dejarla mojada y tiesa. Su

pelo se había convertido en un churro, pegándosele hasta en la cara.

—Joder, se supone que el maldito pueblo estaría por aquí, ¿cuánto más tengo que caminar? — se detuvo y echó un vistazo a su alrededor. Al menos en esa zona la niebla ya se había levantado un poco, pero no lo suficiente como para que pudiese ver mucho más allá de un par de metros desde dónde se encontraba.

Resopló, volvió a comprobar el teléfono, el cual seguía sin una maldita raya de cobertura y continuó con la marcha.

—Claro, faltaría más, ¿hay que llevar una caja al culo del mundo? Deja, deja, ya la llevo yo. ¡Seré imbécil!

Estaba dispuesta a seguir flagelándose durante el resto del camino pero lo que parecía el ronroneo de un motor la detuvo en seco. Se giró y entrecerró los ojos intentando ver a través de la niebla.

—Luces —murmuró esperanzada al ver que un haz atravesaba la espesa capa—. Tiene que ser un coche...

Se hizo a un lado intentando ver con mayor nitidez, aguzó el oído y respiró aliviada ante lo que tenía que ser el motor de un coche.

—Bien, al menos no tendré que...

Sus palabras quedaron ahogadas por un fuerte chillido, el ruido de unos neumáticos derrapando y finalmente algo duro desestabilizándola y mandándola de golpe hacia un lateral.

CAPÍTULO 3

—Tío, acabas de ser borrado de un plomazo de mi lista de Navidad.

Cup se llevó las manos a la cabeza y se mesó el pelo mientras veía al tipo que había estado esperando largarse a toda velocidad en sentido contrario después de la que acababa de montar. El muy imbécil ni siquiera se había bajado del coche, se limitó a bajar la ventanilla y murmurar algo sobre los venados y su don de la oportunidad para joder coches.

—Esto es surrealista —declaró girándose hacia el otro lado de la mojada carretera para ver a la pobre chica despatarrada al otro lado del camino. El conductor había dado un bandazo intentando esquivar al ciervo, solo para lanzarla a la cuneta y no darse ni cuenta de ello. Su único interés había sido ver si el puñetero bicho seguía vivo antes de acelerar y derrapar para alejarse de la zona—. Esto no puede estar pasando, no a mí, no hoy.

Caminó hacia ella y comprobó con alivio que solo estaba inconsciente, el golpe la había empujado hacia el ramaje que había amortiguado a duras penas el impacto. El porrazo había sido tal que la había hecho perder el conocimiento, pero no había heridas de mayor consideración.

—¿Y qué coño hago yo ahora contigo?

Se suponía que ese kamikaze que se había dado a la fuga, pararía a auxiliar el estúpido venado al que casi atropella y se encontraría con Valentina, una encantadora mujer cuyo coche había sufrido una avería cuatro kilómetros atrás. El encuentro sería el primer paso hacia una maravillosa y predestinada velada en el camping al que ella debía llegar y en la que germinaría la semillita del amor.

Pero no. El imbécil había atropellado a la mujer que debía rescatar, esquivado al puñetero venado por el que debería haberse detenido y había bajado la ventanilla soltando un par de insultos antes de acelerar y largarse a toda velocidad para evitar llegar tarde a la estúpida fiesta que debería haberse perdido.

—Esto no era parte del plan.

Se llevó las manos a las caderas y contempló el desastre que acababa de organizarse delante de sus propias narices. Llevaba tiempo esperando a que llegase este momento, planeando cuidadosamente cada paso, observando en silencio como cada uno se iba acercando a ese instante especial en el que debían encontrarse. Este era el día o, mejor dicho, la noche en la que todo debía dar comienzo. Valentina descubriría que el amor, que durante tanto tiempo le había sido esquivo, venía de la mano de un hombre atento y bondadoso que la trataría como una reina y traería consigo la felicidad que se merecía. O al menos, así habría sido si ese imbécil no hubiese salido derrapando acojonado como una nenaza.

—No puedo dejarte ahí.

Frunció el ceño. No, no podía dejarla ahí tirada, la noche se haría cada vez más fría y ella terminaría convertida en un carámbano de hielo o aún peor, la palmaría. ¿Y desde cuando tenía Cupido un jodido cadáver en su lista?

—Sí, bueno, Romeo y Julieta no cuentan... —Puso los ojos en blanco ante su propia reflexión.

No, no podía dejarla allí. Ella no tenía la culpa de que la hubiesen atropellado y que el memo con el que estaba destinado que se encontrase hubiese salido por patas. ¡Y luego querían que los humanos creyesen en el destino! Menuda panda de chorradas.

Sacudió la cabeza y echó mano al bolsillo trasero del pantalón, sacó el cuaderno de color rojo y lo abrió buscando en su lista alguien que pudiese reemplazar al conductor kamikaze. No tenía mucho tiempo, debía encontrarlo esta misma noche y poner las cosas en movimiento.

—Veamos... —Empezó a pasar el dedo por la página viendo como los nombres aparecían y desaparecían. Alternó la mirada entre la inconsciente mujer y la lista, hizo un par de aspavientos y resopló de nuevo—. Joder... venga, tiene que haber alguien.

Bajó la libreta y la observó detenidamente. Era una mujer de curvas, un cuerpo voluptuoso y sexy que acogería perfectamente el de un hombre grande. Unos pechos llenos, redondeadas caderas, muslos torneados, un rostro agradable... No se la podía considerar una beldad, pero tampoco alguien del montón, en cierto modo, tenía su encanto.

—Wow... —Detuvo sus pensamientos en seco y bajó la mirada sobre sí mismo, a la feliz tienda de campaña que se elevaba en su entrepierna—. Echa el freno, campeón. Nada de sexo para ti hoy, no hasta que arreglemos este desastre.

Necesitaba un plan B, uno que llevase a esa deliciosa gatita en la dirección correcta hacia el amor.

—Sueno de un cursi que acojono —chasqueó. Se acuclilló a su lado, sin tocarla y suspiró—. Opciones, opciones, todo se basa en opciones.

Miró una vez más a su alrededor intentando dar con la respuesta adecuada, volvió a echar un vistazo a la lista y resopló.

—Veamos... estamos aquí... a unos cuatro kilómetros del jodido camping —empezó a enumerar—. Es San Valentín y en unas cuantas horas más todo el mundo estará follando como conejos. Todos menos yo y...

Se detuvo en seco, volvió a bajar la mirada sobre la libreta y pasó rápidamente unas páginas hasta encontrar lo que buscaba.

—No me jodas. ¿En serio? ¿Él? —frunció el ceño, pero no podía dejar de darle vueltas al nombre que había resaltado en el cuaderno—. Aunque pensándolo bien... podría no ser tan descabellado.

Eros Ward era el gerente del camping, se había mudado al pueblo de *Bear River*, en Utah, cinco años atrás buscando romper con el pasado y su etapa en los *Rangers*. Había tenido que dejar el servicio a raíz de una lesión que le dejó una leve cojera y su retiro lo había conducido a ese lugar y al trabajo al que ahora dedicaba su vida.

Era un buen tipo, con carácter afable, educado y la paciencia suficiente como para aguantar a un regimiento de adultos lloricas. Su época en los *Rangers* lo había endurecido, había hecho que dejase de creer en romances y unicornios pero, ¿cómo podía culparle con el currículum de abandonos que llevaba a la espalda?

Su madre había sido la primera, luego su mujer, la cual se lo había estado montando con su entonces mejor amigo. No era sorprendente que las mujeres se hubiesen convertido tan solo en un pasatiempo, en un modo de desfogarse en algún que otro momento.

Después del accidente que le había dejado una ligera cojera, se había mudado a las montañas y allí llevaba una apacible vida desde entonces.

Sí, era un alma solitaria que necesitaba compañía.

—Va a ser verdad eso que dicen de que no hay mal que por bien no venga —murmuró para sí al tiempo que volvía a mirar a la chica—. Quizá salgas incluso ganando, pequeña. Desde luego, sé que Eros lo hará si consigo que vea la oportunidad que estoy a punto de ponerle en bandeja.

Sonrió para sí y estiró la mano sobre el cuerpo de la chica.

—De acuerdo, Valentina, hora de volver al juego —le susurró al oído—. Te prometo que esta será tu noche... la primera del resto de tu vida.

CAPÍTULO 4

—¿Está muerta?

La pregunta era legítima, pensó Eros mirando a la desconocida que Cup acababa de meter en su cabaña.

—No digas tonterías —rezongó Cup—. Si estuviese muerta, no la habría traído aquí.

—Y con aquí, ¿tenía que ser precisamente a mi cabaña? ¿A mi cama?

Porque eso era lo que había hecho el hombre. Se había presentado con ella en brazos, había atravesado la recepción y había subido a la zona privada, dónde tenía su hogar para dejarla en su cama.

—Era la que tenía más a mano.

—¿Y la tuya no lo estaba?

—Mi cabaña estará... un pelín transitada el día de hoy.

Eros enarcó una ceja. Aquello no era algo que le sorprendiese. Ese hombre se pasaba la vida metido entre faldas, pantalones y todo lo que se le pusiese por delante pero no podía asegurar a ciencia cierta que se interesase realmente por alguno de ellos.

—Algo me dice que no quiero saber lo que eso implica.

Cup Talos era un hombre extraño. Con el pelo rubio recogido en una coleta baja y profundos ojos azules, solía vestir de negro prácticamente de los pies a la cabeza, lo que le daba un aspecto un tanto inquietante que debería espantar a la gente. Sin embargo, pasaba todo lo contrario, era como si él fuese un imán. No buscaba compañía pero la tenía, siempre estaba rodeado de gente y, al mismo tiempo, parecía ignorar el hecho de que era el centro de atención.

Había llegado al pueblo un par de años atrás y, tras pasar algunas semanas en el único hostel de Bear River, había terminado por alquilar durante largos periodos de tiempo una de las cabañas del camping; casi podía decirse que había hecho de ella su vivienda principal.

—Amor, sexo... hoy va todo metido en el mismo saco —replicó él con un ligero encogimiento de hombros—. Y puede ser realmente enriquecedor para las relaciones personales.

—Desde mi lado del estadio no lo es —negó de manera rotunda.

—Eso se debe a que no has dado todavía con la mujer adecuada —le soltó—. Cuando lo hagas, cambiarás de idea.

Puso los ojos en blanco. Otra de las peculiaridades del hombre era su intensidad y defensa del amor, de la libertad sexual y todo lo que tuviese que ver con sudar y la desnudez, lo cual no hacía otra cosa que darle un sentido casi irónico a su nombre: Cupido.

Sí, sus padres habían tenido un sentido del humor tan negro como el de los suyos. Aunque en su caso, su nombre se lo debía al fervor de su madre por un cantante italiano más que a la mitología griega; o esa era la excusa que había puesto su padre.

—Déjame adivinar, ¿vas a volver a montar el circo del año pasado? —preguntó recordando el grupo de parejitas que había desfilado por el camping el año anterior y cómo aquello se había desmandado de tal manera, que él mismo terminó formando parte de la fiesta.

Aún hoy seguía sin comprender cómo demonios había acabado liándose con esa bonita morena. El caso es que lo había hecho y Anna era hoy por hoy una de las pocas amigas de verdad que tenía y mujer de su mejor amigo. Extraño cómo funcionaba el mundo alrededor de ese hombre.

—No fue un circo —se defendió el hombre.

—Una orgía, entonces.

—No lo pasaste tan mal —le dijo mirándolo de nuevo—. ¿Cómo le va a Anna, por cierto?

Hizo una mueca.

—Bien, se casará en verano con John.

Y esa había sido toda una sorpresa, ya que ellos se habían conocido precisamente un par de meses después de su *sexcapada* en una de esas fiestas que su mejor amigo le obligaba a dar para reunirse con sus ex compañeros. Había sido agradable volverlos a ver a todos, interactuar con ellos y con sus respectivas parejas o acompañantes. Él había invitado a Anna y allí fue dónde surgió el flechazo entre ellos.

—Sabía que congeniarían —aceptó complacido.

Sacudió la cabeza. No había quién comprendiese a ese hombre, sus procesos mentales escapaban por completo a su entendimiento.

—Como también sé que Valentina y tú congeniaréis.

Parpadeó. Miró a la mujer y luego a él.

—Es broma, ¿no?

—Más bien una enorme ironía que tiene el destino —declaró con un breve encogimiento—.

Una de tantas.

Se pasó la mano por el pelo, desordenándolo. Pronto tendría que bajar al pueblo y pasar por el barbero.

—¿Y por qué demonios la has metido en mi cama?

—Es la manera más rápida de entrar en materia.

—Estás mal de la cabeza —replicó señalando lo obvio—. No tengo la menor idea de quién es ella.

—En realidad, sí lo sabes —le soltó tan tranquilo—. Es la repartidora de «*Pecaditos*».

—¿Quién?

—Esa tienda online en la que puedes pedir una caja de regalo y te la mandan a tu domicilio —explicó—. John y compañía querían tocarte las narices y llamaron para encargarse de una cesta con toda clase de cosas típicas de San Valentín. Lo mejor de todo son las piruletas de corazones y los globos. Todo muy chic.

Entonces señaló con un gesto hacia la cama.

—Aunque tengo que admitir que este año se han superado, ella es mucho mejor que una estúpida caja con juguetitos.

—Si esta es tu idea de una broma, no la encuentro en absoluto graciosa —replicó dejando clara su opinión. Sabía que sus compañeros eran dados a ese tipo de «detalles», pero esto iba mucho más allá de cualquier broma.

Sacudió la cabeza e hizo hincapié en la ocupante de la cama.

—No puedes dejarla aquí —negó rotundo—. Hoy menos que ningún día.

Lo miró con esos ojos que parecían penetrar el alma. Ese hombre era capaz de leer a través de una piedra y descubrir todos sus secretos.

—Sabes, cuando el amor llama a la puerta, lo inteligente es abrirle e invitarle a tomar un café... o ya puestos echar un polvo —le soltó sin más—. Y ella sería un buen polvo.

Resopló.

—No me toques las narices...

—Chico, con un nombre como el tuyo deberías estar un pelín más abierto al romance...

—Con un nombre como el mío debería estar cantando baladas y mira por dónde, ni siquiera tengo oído para la música.

Ahora fue Cup el que sacudió la cabeza.

—Solo por hoy —pidió—. Te prometo que la compañía merecerá la pena.

Sacudió la cabeza y miró a la mujer que dormía plácidamente en su cama. Ignoraba el color de sus ojos, pero tenía una interesante melena pelirroja a dos colores. Lo que podía ver de su piel era

inmaculadamente blanca, ni siquiera tenía pecas y su rostro, si pasabas por alto las manchas de suciedad, era bastante atractivo. No era guapa en el sentido estricto de la palabra, pero tenía un algo que...

¿Qué coño estaba haciendo? ¿Valorando la mercancía? No quería compañía femenina y menos la de una desconocida desmayada en su cama, por muy atractiva que le pareciese.

No quería a nadie tocándole los huevos y punto.

Esa semana las reservas se habían disparado, a lo largo de toda la mañana había dado la bienvenida a arrulladoras parejas que se comían a besos, que no podían mantener las manos quietas y que hacían bromas jocosas. Todo el mundo destilaba amor y eso era más de lo que podía soportar.

—Tienes que llevártela a tu cabaña o a dónde te dé la gana, pero no puedes dejarla aquí — insistió. Mierda. Él no era un santo y ella, joder, ella era apetecible. ¿En qué clase de tío lo convertía eso? ¿Había alcanzado ya la edad de viejo verde a los cuarenta y dos?

—¿Vas a dejarla tirada? ¿En serio?

Entrecerró los ojos ante la punzante acusación. Cup le conocía bien, sabía que nunca le daría la espalda a alguien que necesitase ayuda, ni siquiera a un animal mucho menos a una persona. Pero esta no era una persona, era una mujer y pondría el grito en el cielo cuando se despertase.

—No fui yo la que la trajo aquí, para empezar —replicó. Entonces frunció el ceño—. ¿Y qué coño le ha pasado?

Si aquello no era el parangón de lo absurdo, ya no sabía que podía serlo. Se habían enzarzado a debatir el por qué no podía meter a una mujer en su casa, pero ni siquiera había preguntado qué coño le había pasado.

—Eso tendrás que preguntárselo cuando despierte —se encogió de hombros—. Yo venía del pueblo cuando me encontré un coche parado en el arcén con las luces puestas y a ella tirada en la cuneta unos cuatro kilómetros más adelante. La niebla está empezando a levantarse por fin, pero todavía había zonas en las que casi podía cortarse con un cuchillo.

Aquello era algo común en la zona, especialmente después de la última semana de lluvias y temperaturas bajas. Quién no conociese el área podía acabar saliéndose de la carretera y quedar varado hasta que alguien pasase o se despejase el día lo suficiente para continuar. Si además tenías una avería, la cosa podía complicarse incluso más.

Pero, ¿cómo había terminado tirada en la cuneta y tan lejos del vehículo? ¿Habría decidido seguir a pie para buscar ayuda? ¿Qué le había pasado? Sus instintos de *Ranger* cobraron vida al momento, la curiosidad por resolver aquel inesperado caso lo llevó a reconsiderar sus opciones.

—Solo puedo suponer que se desorientó y se cayó o algo —continuó Cup ajeno a sus pensamientos—. Tiene un pequeño chichón, eso probablemente ha causado el desmayo. Por lo

demás, está bien. Un poco magullada, seguramente, pero nada que impida que paséis una divertida velada.

Lo miró con ironía. No sabía a qué se dedicaba exactamente Cup, pero sí le había visto tratar esguinces y caídas de excursionistas como todo un profesional y hasta el momento, que él supiese, nadie había tenido quejas.

—Repito, ¿por qué demonios no la llevas a tu cabaña?

—Porque tú eres el que tenía que recibir la caja que traía, que por cierto, sigue en el coche —repuso más para sí mismo que para él—. Iré a buscarla. Quédate con ella y... bueno, haced lo que suele hacerse en estos casos.

—¿Acudir al hospital? ¿Llamar a la policía?

Resopló, sacudió la cabeza y lo miró.

—De verdad, mira que me dais trabajo —creyó oírle farfullar—. ¿Por qué no puedes simplemente hacer lo que todo el mundo está haciendo el día de hoy?

Se cruzó de brazos.

—¿Follar como conejos?

—Eso también —aceptó al momento—. Pero yo me refería más bien a dejar que surja el amor. Aunque no me opongo a lo de follar. El sexo ayuda. Es una de las conexiones más íntimas que conozco.

—Estás mal tío, mucho peor que ningún otro día.

—Échale la culpa al Destino —le apretó el hombro—. Lo tenía todo preparado, un esquema perfecto hasta que un venado se cruzó en el camino del amor.

—¿Un qué?

—Nada, cosas mías —señaló la cama—. Hoy tengo mucho trabajo. Cuando despierte, invítala a la fiesta, así no tendrás que estar a solas con ella.

El hombre giró sobre sus botas de montaña dispuesto a salir por la puerta y dejarlo solo con ese marrón.

—Cup, ni se te ocurra dar un paso más —lo amenazó.

Su respuesta fue levantar el brazo a modo de despedida.

—Estarás bien, Eros, ella no muerde.

—¡Cup!

Se detuvo en el umbral y lo miró de soslayo, había una breve sonrisa curvándole los labios.

—Mañana me lo agradecerás —dijo en voz baja, en un tono extraño que le provocó un escalofrío.

La puerta se cerró tras él dejándole a solas con una completa desconocida ocupando su cama.

CAPÍTULO 5

Cup echó un vistazo por encima del hombro y sonrió interiormente. A Eros acababa de caerle encima la del quince y no se había enterado. Sin duda esos dos iban a dar bien juntos, mucho mejor de lo que lo haría Valentina con el capullo del venado.

¿Por qué no había pensado antes en esa posibilidad? Todo había estado allí. Desde el principio, todos los pasos que había planeado habían estado pensados para dirigirles a ambos hasta este mismo instante.

—Para que luego digan que no puede haber más de un camino hacia el amor —chasqueó la lengua y recuperó el cuaderno del bolsillo trasero de su pantalón.

Su intención había sido reunir a la dulce Valentina con el hombre que le había sugerido su lista, pero a la luz de los acontecimientos estaba claro que ese no era el destino final de la chica. Su elaborado plan había consistido en manipular todos los elementos necesarios para atraer a la mujer al camping: un enlace de la tienda online en la conversación adecuada, una excusa para realizar la compra de una caja, un susurro oportuno para atraer a la actriz principal a la escena y una oportuna niebla que traería consigo un encuentro fortuito... Al final, las cosas habían salido tal y como las había esquematizado solo que el resultado final no había sido el mismo.

—Veamos... —Empezó a deslizar el dedo sobre las páginas, una tras otra hasta encontrar lo que buscaba—. Tú no... tú tampoco... a ti te tocará el año que viene... ah... contigo tengo mis dudas. Um... aquí estás. Vaya, pues sí... las cosas siguen su camino.

Volvió a echar un vistazo a la cabaña principal y asintió satisfecho.

—Almas gemelas, difícil encontrarlas y más difícil aún hacer que se encuentren entre ellas —murmuró echando un vistazo hacia la cabaña a sus espaldas—. Pero ahora que están bajo el mismo techo, la cosa fluirá...

Satisfecho volvió a concentrarse en la lista. Los nombres saltaban a sus ojos uno tras otro y con

ellos venía su historia, sus pasados y lo que la vida les había deparado. Algunos habían probado el amor y lo habían perdido, otros no creían ya en él y otros pensaban que no podía amarse a más de una persona a la vez. Qué ilusos.

—Hay demasiados tipos de amor como para que os quedéis sin conocer alguno —murmuró para sí. Frunció el ceño y se detuvo al llegar a otro nombre—. Um... interesante. Sí, tú puedes ser la siguiente...

El catorce de febrero de ese año prometía ser una jornada bastante larga, ¿pero quién era él para quejarse? Solo Cupido y tenía trabajo que hacer.

CAPÍTULO 6

—¿Quién diablos es usted y qué ha pasado con mi ropa?

No era beligerante. No. El amenazar a alguien con una lamparilla de noche era perfectamente correcto, especialmente cuando te despertabas en una habitación extraña, en una cama que no era la tuya y medio desnuda.

—Si bajas eso y lo pones de nuevo en su sitio, te lo diré.

Valentina entrecerró los ojos, de pie al lado de la cama, cubierta únicamente por la ropa interior no era precisamente la mejor forma de enfrentarse a un tipo de casi metro noventa, con más músculo que *Hulk* y al cual le hacía falta un buen corte de pelo.

—Lo haré cuando me demuestre que no es una amenaza, hasta entonces... —levantó incluso más la lámpara—. Póngame a prueba.

—Mi nombre es Eros Ward y soy el gerente del camping *The Woods*, en el cual te encuentras ahora mismo.

Eros Ward. Sin duda un nombre peculiar para alguien tan moreno y con ojos castaños. Lo recorrió con la mirada como si de esa manera pudiese averiguar si decía o no la verdad, algo que era incapaz de asegurar. Hizo un mohín y miró a su alrededor.

—Bien, señor Ward, ¿puedo saber cómo diablos he llegado hasta aquí?

—Un amigo mío te encontró en la carretera cuando venía hacia el camping —explicó con sencillez—. Comentó que se había encontrado un coche averiado y unos cuantos kilómetros más adelante a ti inconsciente.

Frunció el ceño, entonces abrió los ojos de golpe.

—¡Ay dios! ¡La jodida caja! ¡Va a desheredarme! —La lámpara cayó de golpe al suelo—. Joder, joder, joder... puto San Valentín. Si algo iba a salir mal, tenía que hacerlo a huevos hoy. Vaya mierda de día.

—Ya veo que te encuentras bien.

El cercano comentario la llevó a levantar la cabeza y encontrarse al desconocido a unos cuantos pasos de ella.

—No, ni de lejos —negó con la cabeza e hizo una mueca—. No estoy nada, pero que nada bien. Tengo que entregar esa jodida caja antes de que me desherede, me mate y esconda mi cadáver.

—Me temo no traías contigo ninguna caja —declaró él con tono irónico.

—Por supuesto que no, se me averió el coche en mitad de ningún sitio. No iba a ir cargando con ella cuando no tenía siquiera cobertura en el móvil —resopló llevándose las manos a las caderas—. ¿En qué clase de lugar no hay cobertura para un jodido teléfono? Oh... y ese hijo de puta... ¿Es que no os han enseñado a conducir más despacio?

Se llevó la mano a la cabeza y gimió al notar el chichón. Con razón le palpitaba.

—Será cabrón. —Apretó los dientes e hizo una nueva mueca cuando sus dedos acariciaron la dolorida zona—. Llevaba poco más de una hora caminando cuando un loco kamikaze se me echó encima. No se veía nada, solo tuve tiempo a escuchar el derrape de las ruedas y entonces algo me golpeó.

—¿Me estás diciendo que te han atropellado?

Lo miró con ironía.

—Sí, eso es exactamente lo que estoy diciendo —declaró—. ¿Quién fue? ¿Hombre? ¿Mujer? Seguro un hombre, no sabéis ni dónde está el cambio de marchas... Joder, aquí tenéis una niebla tan espesa que se puede cortar con un cuchillo.

—Te ha encontrado un amigo mío tirada en un lado de la carretera —le informó. Había apretado la mandíbula y parecía que iba a empezar a palparle la mejilla—. No dijo nada acerca de un atropello.

—Genial, y ahora resulta que tampoco hay civismo —chasqueó la lengua—. Diablos. Si tan solo le hubiese visto la matrícula. No se puede ir por ahí atropellando gente y dejándola tirada.

—¿No llegaste a ver el modelo de coche? ¿El color?

—¿Qué parte de «*tenéis una niebla tan espesa que se puede cortar con un cuchillo*» no pillaste a la primera? —replicó. Sabía que estaba siendo un pelín irritante, pero la ocasión lo merecía. ¡La habían atropellado!

Lo vio cruzarse de brazos, haciendo que ese pecho fuese incluso más inmenso. Dios, ese hombre era enorme, en todos los sentidos.

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda recuperar mi coche? —preguntó y entonces se señaló a sí misma—. Y ya puestos, también mi ropa.

—Si tienes las llaves del coche y la matrícula a mano, llamaré al taller para que envíen una

grúa y lo remolquen hasta Bear River.

—¿Bear River?

—Es el núcleo urbano más cercano que tenemos.

Asintió. Sí, ese era el nombre de referencia que tenía para llegar hasta el camping.

—Si me devuelves mi ropa y mis cosas, lo haré yo misma.

—Si me devuelves mi ropa y mis cosas, lo haré yo misma—declaró, entonces bajó la mirada hacia la lámpara que se había partido a la mitad a sus pies—. Er... lo siento por eso. Te la pagaré.

Aquello pareció hacerle gracia, pues los labios se curvaron en una especie de sonrisa.

—Dado que se ha roto en el suelo y no sobre mi cabeza, lo dejaremos pasar.

Se sonrojó, no pudo evitarlo ante sus palabras.

—Er... lo siento —declaró y levantó la mano a modo de saludo—. Crisis de nervios ocasional. Esto... ¿mis cosas?

Levantó el índice de la mano derecha y señaló detrás de ella y hacia un lado. Se giró y allí estaban su bolso y teléfono.

—Tu ropa está en la lavandería —replicó antes de que le diese tiempo a preguntar—. Estabas empapada. Cup se encargó de la ropa.

—¿Cup?

Levantó ambas manos a modo de disculpa.

—Mi amigo fue el que te encontró en la carretera y te trajo aquí —se defendió—. Yo acabo de enterarme, como quién dice.

Arrugó la nariz.

—Ya, claro —murmuró nada convencida sobre aquello—. ¿Y Cup es alguien... de tu imaginación o de carne y hueso?

Bufó.

—Si fuese un producto de mi imaginación podría deshacerme de él con una sola sesión de terapia.

El retintín en su voz le dijo que ese tal Cup debía ser igual que un grano en el culo.

—Bueno, agradezco el hecho de que haya calefacción y eso, pero, preferiría ponerme algo más encima, si no te importa —replicó con palpable ironía—. Tú puedes estar disfrutando de las vistas, pero yo empiezo a encontrarlo raro.

Su respuesta lo llevó a recorrerla ahora con la mirada sin ningún pudor para finalmente detenerse en sus ojos.

—¿Siempre dices lo primero que se te pasa por la cabeza, muchacha?

—Defecto congénito y, mi nombre es Valentina, no muchacha —declaró al momento—. Debí haberme presentado antes. Lo siento.

—Te disculpas muy a menudo. ¿Otro defecto congénito?

Optó por ignorar su tono irónico y volvió a lo que le interesaba.

—Entonces, ¿la ropa?

Señaló las puertas situadas al otro lado de la cama.

—Coge lo que necesites —la invitó a ello.

Asintió y le dio las gracias antes de darle la espalda y dirigirse a lo que resultó ser un armario empotrado.

—Mi coche, ¿está muy lejos? —preguntó localizando rápidamente una camisa de franela de cuadros como la que él llevaba puesta. Dado su tamaño, le serviría de vestido—. Tengo que recoger esa maldita caja y entregarla en la cabaña número 4.

—Esta es la cabaña número cuatro.

Se puso rápidamente la camisa y empezó a abotonarla al tiempo que se giraba hacia él con cara de puzle.

—¿Lo es?

Él asintió.

—¿Y cómo has dicho que te apellidabas?

—Ward.

—*Oups* —sonrió de soslayo—. Entonces, creo que acabo de joderte la sorpresa...

Sacudió la cabeza.

—No es ninguna sorpresa que mis antiguos compañeros disfruten haciendo esta clase de bromas —replicó en cambio—. La caja puede esperar.

De acuerdo, ese tipo tenía un día incluso más jodido que el suyo si su único regalo de San Valentín venía de la gracia de sus amigos. Una gracia que, aún encima, había hecho que se le estropease el coche y la atropellasen dejándola tirada en el camino. Oh sí, el ser humano podía ser un verdadero hijo de puta sin mucho esfuerzo.

—Ojalá pudiese decir lo mismo de mi coche, pero no es así —comentó entonces y fue en busca de su bolso y su teléfono—. Joder, ¿son las siete de la tarde? Pero, ¿dónde diablos se ha ido el día?

—Parece que te lo has pasado durmiendo.

Abrió la boca para decir algo pero optó por sacudir la cabeza.

—Mierda, mierda, mierda, mierda —se despachó a gusto—. Joder. Aunque recojan el coche y lo arreglen, no puedo volver conduciendo de noche.

—Dada la hora, tendrás suerte si la grúa te lo recoge —comentó él—. Aunque olvídate de que

Rupert revise el automóvil hasta mañana por la mañana.

Parpadeó incrédula.

—¿Y qué coño voy a hacer mientras? —jadeó. Se pasó la mano por el pelo desordenándolo aún más—. Lo sabía, si es que yo lo sabía. ¿Para qué demonios salgo de casa este maldito día? ¡Todo son desastres!

Se giró de nuevo y lo miró.

—¿A cuánta distancia está ese pueblo que has mencionado? ¿Bear River? ¿Hay hotel o algo dónde pueda pasar la noche?

—El pueblo está a unos ocho kilómetros desde aquí —le informó—. Y sí, hay un pequeño hostel que da alojamiento a los visitantes. Pero no te merece la pena bajar ahora mismo allí, puedes quedarte en el camping esta noche y yo mismo te llevaré mañana a primera hora al taller. Así recogeré la famosa caja...

Sacudió la cabeza.

—Este viaje ha resultado un verdadero desastre —hizo una mueca, miró a su alrededor y asintió—. De acuerdo. Pues... asígneme una cabaña o como sea. Y si me dices dónde está la lavandería, recogeré mi ropa y no volverás a escuchar un solo chillido de mi parte hasta mañana por la mañana.

La miró con lo que solo podía ser profunda ironía.

—No sé por qué eso me parece poco probable —comentó él—. Puedes quedarte aquí mismo. Hay una habitación de invitados al otro lado del pasillo, las sábanas están limpias y el baño está justo en frente.

—Um... bien, gracias —aceptó y sacó el monedero del bolso—. Aceptáis tarjeta, ¿verdad?

—La lavandería está en la planta de abajo —le informó, ignorando su pregunta—. Según bajas las escaleras te encontrarás con la recepción. Pegada a esta hay un pasillo. Síguelo hasta el final y *voilà*.

¿Podía ser alguien incluso más irónico hablando que ese hombre? Si lo había, no lo conocía todavía.

—Los de la grúa necesitarán las llaves del coche. Llamaré y pediré que lo lleven directamente al taller.

Lo miró por debajo de las pestañas, calibrando la posibilidad de darle las llaves. Finalmente optó por hacerlo.

—Aquí están las llaves —le tendió el llavero—. Necesito ese coche listo para salir de aquí mañana.

Miró el ocurrente llavero y luego a ella.

—Tendrás suerte si tan siquiera lo remolcan hoy —le dijo, le echó un último vistazo y se giró dispuesto a marcharse—. Estás en tu casa... te avisaré con lo que me digan.

Sin más se marchó dejándola sola.

—Y esto, damas y caballeros, es el jodido día de San Valentín.

CAPÍTULO 7

La lavandería estaba en el lugar indicado y su ropa seguía dando vueltas en la lavadora, pero lo que había capturado la atención de Valentina era el hombre apoyado al final de la fila de tambores. Vestido con unos vaqueros negros de cintura baja y el torso desnudo, mantenía la atención fija en el cristal del tambor, como si pensase que de ese modo iría más rápido.

Lo observó con disimulo. Debía rondar los treinta y seis o treinta y siete años, posiblemente fuese un poco más joven que Eros pero, al contrario que el moreno, él era rubio de pies a cabeza. Era un verdadero bombón, un adonis digno de admirar, especialmente con ese contraste de ropa negra sobre la dorada piel.

Entonces movió la cabeza, solo un giro de barbilla que llevó a un increíble par de ojos azules a clavarse en ella.

—Veo que ya estás despierta y en pie —comentó con voz profunda, con un matiz que le arrancó un pequeño temblor interior—. Me alegro.

Sus palabras tardaron unos instantes en penetrar en su mente y al hacerlo las conexiones se hicieron a la velocidad de la luz.

—Deduzco que eres quién me ha encontrado y traído aquí.

—Deduces bien —sonrió. Se incorporó en toda su altura, la cual fácilmente alcanzaba el metro ochenta y cinco, y caminó hacia ella tendiéndole la mano—. Soy Cup.

Miró su mano y la aceptó casi por inercia.

—Valentina —correspondió a su saludo. Su mano estaba caliente en la suya y le provocó una sensación extraña.

—Me gusta el modelito —la sorprendió nuevamente—, te favorece, especialmente ese escote.

Dio un paso atrás y se llevó la mano a la parte superior de la camisa, se había olvidado por completo de la guisa que iba.

—Sí, bueno, la alternativa no era... adecuada... para pasearse por aquí —comentó poniéndose automáticamente a la defensiva—, aunque ya deberías saberlo, dado que pareces ser el culpable de que mi ropa sigue dando vueltas ahí dentro.

Se rio. Un sonido tan claro como erótico que le produjo un escalofrío de placer.

—Culpable —aceptó divertido—. Si hace que te sientas mejor, te diré que si bien he disfrutado un montón contemplando esas magníficas curvas, mis motivos eran puramente de salud y comodidad; estabas calada hasta los huesos.

Parpadeó un par de veces. Parecía tener verdaderos problemas para seguirle el hilo a ese hombre y no es que fuese complicado, apenas había dicho un par de frases. Su presencia era apabullante, demoledora y eso la desconcertaba.

—Gracias... creo.

Los labios masculinos se estiraron en un gesto burlón.

—De nada —aceptó, entonces levantó la mano y le tocó la frente con un dedo—. ¿Qué tal tu cabeza? Tenías un buen chichón cuando te encontré.

—Todavía la tengo sobre los hombros, eso debería ser una buena señal.

Su respuesta le arrancó una carcajada.

—Sí, sin duda lo es, dulzura.

El pitido de una de las lavadoras interrumpió el momento captando su atención.

—Esa debe ser mi colada.

—Lo es —asintió y le señaló una de las secadoras en el otro lado de la estancia—. Utiliza la segunda, es la que mejor funciona de las tres.

Asintió y se agachó para recoger su ropa.

—¿Y Val?

Levantó la mirada al escuchar el diminutivo de su nombre.

—¿Cómo sabes...?

—Valentina Vishow, es lo que ponía tu carné de conducir —respondió despejando sus dudas—. No te importa que te llame Val, ¿verdad?

Negó con la cabeza, lo cierto es que estaba demasiado confundida para responder otra cosa.

—Bien —aceptó complacido—. En ese caso, Val, espero que te animes a venir a la fiesta de San Valentín que se celebra esta tarde noche en el salón principal.

—¿Fiesta de San Valentín? —repitió e hizo una mueca—. Déjame adivinar: globos en forma de corazón, chocolatinas y mucho color rosa, ¿no?

—Yo esperaba más bien unas copas, erotismo, sexo y quizá una pizca de amor —contestó directo—. Aunque no me opongo al color rosa, si bien prefiero el rojo.

Enarcó una ceja y no pudo evitar sonar irónica al responder.

—*Wow*. Lo tuyo son las fiestas salvajes, ¿no?

—No lo sabrás hasta que estés en una —le guiñó el ojo—. Dile a Eros que te lleve. Si no quiere quedarse, estaré encantado de ocupar su lugar.

Su arrogancia le causó gracia.

—¿Qué te hace pensar que hay un lugar para ocupar?

—Porque, dulzura, cualquier hombre inteligente tendría en mente ocupar el tuyo o hacerse uno si no lo hay —replicó con gesto amable—. Y yo soy bueno haciendo ambas cosas.

No pudo menos que sonreír ante el encantador descarado.

—Desde luego, no necesitas que nadie te allane el camino.

Correspondió a su sonrisa.

—No, puedo hacerlo yo solo con mucha efectividad.

El pitido volvió a repetirse, esta vez desde el otro lado de la lavandería.

—Y eso debe de ser mi camisa —comentó echando el pulgar por encima del hombro—. Esto es lo que pasa cuando te metes dónde no debes...

Enarcó una ceja ante su comentario, pero no quiso ahondar.

—Bueno... yo ya he acabado aquí —dijo sacudiendo la prenda, se giró hacia ella y la miró de una forma que le provocó un escalofrío—. Espero que nos veamos de nuevo en la fiesta.

Sin más, le dedicó un guiño y salió por la puerta.

—Este día se está volviendo cada vez más y más raro.

CAPÍTULO 8

Había personas que se veían y sabían que estaban destinados a estar juntos para siempre. Esas eran sus favoritas, le ponían las cosas fáciles. Entonces estaban las difíciles, aquellas que luchaban contra la atracción y se empeñaban en tomar caminos separados; eso era lo que solían hacer Valentina y Eros.

Ambos tenían un bagaje emocional que los hacía apartarse del camino por el que quería llevarlos, los volvía desconfiados hacia la otra persona, recelosos, especialmente cuando el interés y el deseo entraba en juego.

—Esto no funcionará —murmuró Cup para sí mismo—, necesitan un empujoncito o este San Valentín será un desastre para ambos.

La pregunta era, ¿en qué dirección empujarlos? Su idea principal corría paralela a sexo caliente y sudoroso, pero para ello tendría que encadenarlos o...

—Um... eso podría funcionar —murmuró repentinamente interesado por la peregrina idea que se le pasó por la cabeza—. Será un truco sucio... retorcido... pero, ¿no dicen por ahí que en el amor y en la guerra todo vale?

Pues tendría que valer... y lo haría. Ambos estaban destinados a encontrarse, solo iban a acelerar las cosas.

Ahora tenía que idear la manera de hacerlo. La fiesta podía ser la excusa perfecta, estaba claro que ya se habían encontrado cara a cara y ambos se habrían formado una previa opinión sobre el otro, ahora tenían que ir un paso más allá y ver qué podrían ofrecerse.

Abrió los sentidos buscándolos a ambos, sabía que Eros había hablado ya con Rupert y habían enviado la grúa a recoger el coche, el arreglo tendría que esperar hasta mañana. El *Ranger* se estaba duchando en esos momentos, lo que hacía de esta la oportunidad perfecta para empezar a entrar en materia. Cerró los ojos y se concentró en Valentina. Ella tendría que dar ese primer paso.

—De acuerdo, chicos, hora de jugar según mis reglas.

CAPÍTULO 9

—¿Por qué no pueden estar las cosas todas juntas y en su sitio? —masculló Valentina atravesando el pasillo que separaba la habitación de invitados del dormitorio principal. Al recoger sus cosas se había dejado el teléfono y necesitaba llamar a su madre para decirle que había llegado bien o de lo contrario se encontraría con el Ejército de Salvación ante las puertas del Camping.

En su prisa por trasladarse lo había dejado en la habitación en la que se había despertado, el dormitorio de Eros. Llamó suavemente a la puerta y esperó, no hubo respuesta. Empujó y asomó la cabeza.

—¿Hola?

El lejano sonido del agua atravesaba la puerta entreabierta del baño permitiendo que el vapor jugase en la entrada.

—¿Señor Ward? Me he dejado el teléfono, solo vengo a recuperarlo.

No obtuvo respuesta, posiblemente ni la estuviese escuchando. Se mordió el labio inferior dudando en la puerta. Aquello podía considerarse una invasión de la intimidad, no sería correcto, por otra parte, solo iba a coger el móvil y salir pitando. No era como si tuviese ganas de espiar, de ver como el agua recorría ese cuerpo desnudo, de ver a ese hombre como dios lo trajo al mundo y...

—Echa el freno, guapa —se amonestó a sí misma. Empezaba a notar calor en la cara, sus pezones se habían endurecido y se encontró apretando los muslos ante el solo pensamiento. Demonios, llevaba demasiado tiempo sin sexo, eso o se le había reblandecido el cerebro en cuestión de horas—. El teléfono. Has venido a buscar el jodido teléfono así que cógelo y lárgate.

Entró de puntillas, dejó a un lado la cama sobre la que había una muda de ropa y fue hacia la silla en la que habían estado sus cosas. Esta estaba demasiado cerca de la puerta del baño y la tentación de echar una miradita fue superior a ella.

—No, no, no —sacudió la cabeza—. El móvil. Recógelo y vete.

Se obligó a apartar de su mente cualquier imagen evocadora de lo que estaría pasando ahí dentro y buscó en la silla y a sus alrededores.

—¿Dónde demonios...? ¡Ahí estás!

El aparato estaba encima de la cómoda pegada a la pared, seguramente lo habría encontrado en el suelo y lo habría puesto allí.

—Joder... ¿veinticinco llamadas perdidas? ¿En serio?

Sacudió la cabeza y se giró para marcharse por dónde había venido pero sus ojos cayeron accidentalmente dentro del baño y todo pensamiento razonable escapó volando por la ventana.

—Oh... por... dios...

La mampara de la ducha no dejaba nada fuera de la imaginación, el vapor jugaba al escondite con el perfecto y enorme cuerpo masculino que se perfilaba bajo la tentadora agua caliente. Se lamió los labios, la boca se le hacía agua y fue incapaz de arrancar la mirada de la mejor sesión de Cine X que había presenciado en su vida.

El agua escurría por su cuerpo mientras echaba la cabeza hacia atrás y retiraba el exceso de jabón bajo la alcachofa de la ducha. Repitió la operación varias veces pero ella todo lo que podía ver eran esos duros músculos, contrayéndose y relajándose con cada movimiento.

Se llevó el pulgar a la boca y mordió la punta intentando no gemir mientras apretaba los muslos involuntariamente.

El gel de baño rodó en sus manos antes de ser extendido sobre la piel con esos largos dedos, las caricias eran lentas, metódicas, como si más que ducharse se estuviese acariciando a sí mismo o fuesen las manos de un amante las que hicieran el trabajo.

«*¡Me ofrezco voluntaria para el trabajo!*».

Se enjabonó el pecho, los brazos, bajó por el suave rastrojo de vello oscuro que espolvoreaba su pecho y descendía en una fina línea desde su ombligo hacia...

—Oh... tío...

Se le secó la boca, el calor subió de temperatura y el aire empezó a faltarle en los pulmones. Se relamió sin ser consciente de lo que estaba haciendo, apretó los muslos al notar como la humedad mojaba sus bragas y sus pezones se convertían en duras vallas bajo la ropa. ¡Se estaba poniendo caliente viendo a un hombre ducharse!

Era incapaz de apartar la mirada de esa peregrina mano que descendía hacia la dura y pesada erección, se mordió el labio inferior al ver como los dedos resbalaban por la irrespetuosa longitud. El aseo parecía haberse fugado de su mente para dar paso al tiempo de juegos y al placer, uno cuya muestra brotó de sus labios en la forma de un bajo gruñido.

Esos dedos se cerraron entonces alrededor de la dura carne, deslizándose de arriba abajo,

creando una fina capa de espuma que hacía que la fricción resultase más suave y rápida. Su cuerpo parecía responder en consonancia, arqueando la espalda, disfrutando de esa sesión manual que la tenía embelesada.

Su pene parecía engrosarse y crecer bajo su mano, volverse más y más duro con cada caricia y su mente empezó a volar de nuevo, viéndose a sí misma sustituyendo esos dedos por los suyos, deslizando sus manos sobre todos esos duros y angulosos planos. Quería estar allí con él, tocarle, bañarle y...

Unos duros y calientes ojos teñidos por el deseo se encontraron con los suyos durante una milésima de segundo.

—¿Valentina?

Su nombre fue como un electroshock, parpadeó sintiendo como las mejillas adquirirían la tonalidad del fuego y carraspeó.

—Er... Venía a buscar mi móvil —levantó el aparato como una idiota y señaló con el dedo índice en sentido contrario—. Ya me iba... de hecho, nunca he estado aquí. Yo... um... perdón.

Giró como un resorte y huyó de la habitación como alma que llevaba el diablo.

—Ay dios, ay dios, ay dios... ay dios que bueno está —musitó apoyándose contra la puerta de la habitación de invitados.

El corazón le latía a mil por hora mientras las imágenes se reproducían en su mente como una moviola. El agua cayendo sobre su cuerpo, acariciándole cada músculo, esa pesada erección entre sus dedos.

—Oh, por favor —se mordió el labio inferior y apretó los muslos al sentir una punzada entre ellos. Acababa de presenciar una de las escenas más eróticas que había visto en su vida y lo había hecho sin invitación.

Se pasó la mano por el pelo, desordenándolo, tragó y echó un vistazo a la puerta en la que todavía seguía apoyada.

Él era el tipo de hombre con el que, en circunstancias totalmente distintas estaría encantada de saltar a la cama. Era de la clase de tío al que abordaría en un pub, contra el que se restregaría bailando y al que invitaría a subir y a su cama.

El problema era que no estaba en su casa, no era fin de semana y Eros Ward era el último hombre con el que debería tener tales pensamientos.

El teléfono volvió a sonar y no pudo evitar dar un gritito. El aparato salió disparado de su

mano y evitó in extremis que terminase en el suelo.

—Mierda —masculló. Descolgó y se llevó el aparato al oído—. Hola mamá.

—¿Hola mamá? ¿Hola mamá? ¿Dónde te has metido? ¿Por qué no contestabas al teléfono? —

La alterada voz de su progenitora casi la deja sorda—. Me has tenido muerta de preocupación.

Suspiró.

—He tenido un problema con el coche, se ha muerto en medio de la carretera —le informó. Se guardó el tema del atropello y de que la habían dejado tirada en la cuneta para evitarle un disgusto. Conocía a la mujer que le había dado a luz y sabía que se culparía a sí misma por lo ocurrido e insistiría en volver a tenerla bajo su ala y, a pesar de que la adoraba, también chocaban como dos trenes de mercancías a toda velocidad—. Ahora mismo estoy en el camping The Woods. Van a remolcar mi coche hasta el taller del pueblo, así que supongo que hasta mañana no me lo darán.

Y eso con suerte, pensó al recordar la expresión de Eros.

—Te dije que tenías que cambiar de coche...

—Sí, lo haré, cuando me toque la lotería —resopló.

—Tenías que haberte llevado el mío, te lo he dicho mil y una...

—Y yo te he dicho a ti que no pienso tocar ese coche —la interrumpió—. Si le hago un solo arañazo, me entrará el pánico y me tiraré por el primer puente que encuentre.

—Eres una exagerada...

—Sí, dicen que en eso he salido a ti.

—Calumnias.

Se rio, no pudo evitarlo. Escucharla hacía que todo lo ocurrido el día de hoy pareciese una mala película de fin de semana.

—Entonces, ¿has entregado ya el encargo?

Hizo una mueca.

¡Miente, miente como una bellaca!

—Técnicamente... estoy en ello.

Un resoplido.

—¿Técnicamente?

—La caja está en mi coche, pero tengo localizado al cliente.

—Valentina...

—No te preocupes, tampoco es que le hiciese mucha ilusión por lo que he visto.

—¡Valentina! No se trata de...

Puso los ojos en blanco.

—Mira, solo te llamo para decirte que llegué bien —la interrumpió de nuevo—. Cuando me

den el coche y salga para ahí, te llamo. ¿De acuerdo?

Un bajo resoplido, casi podía verla tamborileando la mesa de trabajo con los dedos.

—Solo conduce con cuidado —escuchó finalmente—. Avísame nada más salgas.

—Lo haré —le sopló un beso—. Adiós.

Cortó la llamada y se quedó mirando el teléfono.

—Joder, menudo día que llevo —resopló, giró sobre sus pies y se dejó caer sobre la cama—.

El coche se estropea, me atropellan, me despierto en la cama de un tío impresionante y para rematar la jugada, lo pilla haciéndosela en el baño... Sí, lo mío no hay quién lo iguale.

CAPÍTULO 10

Aquella debía ser la primera vez que una mujer jugaba con él al escondite en medio de una sala llena de gente, pensó Eros un par de horas después. No podía dejar de pensar en la inesperada interrupción, verla allí, observándole fue la cosa más caliente que sintió en mucho tiempo, especialmente porque había estado fantaseando con ella en ese preciso momento. Su actitud debería repelerle, posiblemente cabrearle incluso, pero la encontraba refrescante y a ella, atractiva; lo suficiente como para tenerla en mente mientras se daba placer. Evocar su rostro y su cuerpo lo había puesto duro, había intentado atribuirlo a la sequía de sexo, pero cuando la vio a través del umbral, sofocada, con los labios entreabiertos y los ojos preñados de deseo, decidió que debía tenerla.

Sonrió para sí al ver al otro lado de la sala, la mesa del catering había reclamado toda su atención. No era de extrañar, que él supiera, no había comido nada desde que se había despertado e ignoraba si había hecho alguna parada por el camino para hacerlo.

Había hablado personalmente con Rupert, el mecánico del pueblo, después de mandarlo casi a paseo, le había prometido echarle un vistazo al coche y llamarle mañana a primera hora para ver si podría tenerlo a punto o la avería sería mayor de lo esperado. Así que, al menos durante esa noche, la curvilínea e interesante Valentina estaba atrapada en *The Woods*.

—Parece que alguien se ha saltado la comida.

El comentario llegó desde atrás, se giró y vio a Cup con una satisfecha sonrisa en los labios.

—Y pensar que ha hecho todo el camino hasta aquí para entregarte un paquete, parece cosa del destino —canturreó el hombre. Se apoyó en su hombro y ladeó la cabeza—. ¿Sabes si la grúa ha remolcado ya su coche?

—Está en el taller de Rupert —respondió volviendo a posar la mirada sobre ella—. Hasta mañana no podrá echarle un vistazo. Ha quedado en llamarme para decirme cuando estará disponible.

—Fantástico —le palmeó el hombro—. Eso te deja margen más que suficiente para... conocerla en profundidad.

Le miró de soslayo.

—Si no supiera que es imposible, diría que todo esto lo has orquestado tú para tocarme la moral un año más —le dijo con palpable ironía—. ¿Qué pasa contigo y con San Valentín? Parece que te metamorfoseas en estas fechas.

—Es parte del trabajo.

Y esa era sin duda la respuesta más enigmática de todas.

—Nos conocemos desde hace más de dos años.

Él asintió.

—Así es.

—Y todavía no sé en qué diablos trabajas.

Su sonrisa se amplió y deslizó la mirada sobre los huéspedes que se habían dado cita esa noche en la fiesta.

—Podría decirse que soy Cupido —replicó con tanta ironía como la que él mismo había utilizado—. Considérame un consejero para parejas.

Lo miró de arriba abajo.

—¿Eso es a lo que te decides?

Se encogió de hombros.

—Si tanto interés tienes en saberlo, te diré que tengo una carrera en Psicología y estoy especializado en terapias emocionales —respondió sin más—. Estaba cansado de estar sentado detrás de un escritorio o escuchando los lamentos de las personas tumbadas en un diván, así que he optado por retirarme a las montañas y llevo mis consultas desde aquí.

Entrecerró ligeramente los ojos, esa explicación sonaba tan descabellada como lo era el propio Cup, pero no era el primero que llevaba a ese pequeño pueblo huyendo de su vida anterior, él era prueba de ello. Además, su historia encajaba bastante con su forma de actuar, con lo que él mismo había visto desde que se instaló en el camping. El rubiales era dado a meterse en medio de los conflictos y mediarlos hasta que ambas partes se relajaban, él mismo había aceptado algún que otro consejo obteniendo buenos resultados, así que, tenía tablas más que suficientes para desempeñar la carrera a la que hacía alusión.

—La gente de aquí está mucho más abierta a dejar entrar a otras personas en su corazón o en su vida, buscan esa segunda oportunidad y no se vuelven locos mientras esperan que esa oportunidad llegue —continuó el hombre—. Incluso aquellos que la han dado por perdida, pueden obtenerla si miran en la dirección adecuada.

Señaló con el dedo hacia el otro lado de la sala, dónde Valentina se lamía con disimulo la yema de los dedos después de degustar un bocadito de sándwich.

—Y qué mejor momento que el día de los enamorados para encontrar a esa otra mitad, ¿eh? — le palmeó el hombro y se apartó—. Disfruta de la noche, Eros y deja las preguntas para mañana.

Así como llegó, se marchó, perdiéndose entre la gente, interactuando con unos y riendo con otros como si estuviese en su salsa.

—Cupido —resopló y sacudió la cabeza—. Sí, claro. Y yo soy Robin Hood.

Volvió a centrar su atención en la zona de catering para ver que el objeto de sus deseos estaba doblada por la mitad, tosiendo como si le fuese la vida en ello.

—¿Pero qué demonios?

No se lo pensó, se lanzó a través de la sala, esquivando gente para poder llegar a ella.

Se había atragantado con un pedacito de pepinillo. ¿Quién en todo el mundo podía atragantarse con algo así? Valentina se dobló mientras tosía, luchando por recuperar el aire entre jadeos y pegándose a sí misma pequeños golpecitos en el pecho. El maldito pepinillo había pasado por fin pero le quedaba el escozor en la garganta que le impedía dejar de toser. Estiró la mano en busca de su vaso solo para encontrar el aire.

—Joder... —tos—, dónde coño... —tos—, la madre... —tos—, uf...

No podía ni hablar, el aire se le atascaba entre arranques y el picor en la garganta no remitía.

—Aquí —escuchó la voz de alguien un segundo antes de que le pusieran un vaso en la mano—. Bebe en pequeños sorbos —la instruyó—. Respira.

Se llevó el vaso a los labios y bebió un sorbito, luchó por pasar el aire a través de la garganta y repitió la operación hasta que la tos remitió.

—Gra... gracias... pensé... que... que me ahogaba... —jadeó incorporándose—. Puto... pepini...

No terminó la palabra, sus ojos se encontraron con los de Eros, quién resultó ser su oportuno salvador.

—Pepinillo —terminó por ella. Le cogió el vaso de las manos y lo dejó sobre la mesa—. ¿Mejor?

Asintió lentamente. ¿Ese hombre iba a encontrarla siempre en situaciones embarazosas?

—Sí, gracias —murmuró. Se lamió los labios y abrió la boca solo para volver a toser, pero no con la misma intensidad. Todavía sentía un poco rasposa la garganta.

—Bebe un poco más —le aconsejó pasándole de nuevo el vaso—. Despacito.

Obedeció, sus ojos fijos en él mientras bebía.

—¿Más? —preguntó cuándo se terminó el vaso.

Le devolvió el vaso y negó con la cabeza.

—No, ya estoy bien —se recompuso lo mejor que pudo—. Gracias por el rescate.

Sonrió de soslayo, un gesto que le daba una expresión entre divertida y satisfecha, puramente masculina.

—No hay de qué —respondió y señaló la mesa con un gesto de la barbilla—. ¿Picoteando?

El calor inundó sus mejillas al instante, pero se ocupó de que no trasluciese en su voz.

—Cenando, más bien —replicó con un ligero encogimiento de hombros—. Me salté la comida con todo el asunto del coche.

La realidad era que no había podido encontrar un puñetero lugar en el que parar a comer y las galletas que llevaba en el bolso no hicieron más que amortiguar su hambre. Llevaba sin probar bocado desde el desayuno y estaba muerta de hambre.

—Hablando del coche —continuó él—. La grúa ya lo ha recogido, he hablado con el mecánico y me llamará mañana a primera hora para decirme cuál es exactamente el problema.

—Sea cual sea, más vale que tenga solución —resopló—. Tengo un negocio que atender. Si no me arreglan el coche, tendré que coger el tren, el autobús o lo que sea.

—Tenemos una parada de tren a unos cinco kilómetros del pueblo —le informó—. Si por algún motivo no te diesen el coche a tiempo, puedes coger el tren del mediodía... aunque vas a perderte otro día de trabajo.

—Pueden sobrevivir sin mí un día más —aceptó. Ya había hablado con la floristería para decirle a una de las empleadas que cubriese también el turno de mañana compensándola con un día libre a mayores. Sabía que el negocio no se iría a pique por no estar ella allí para llevarlo, pero estaba tan acostumbrada a estar en la tienda, a pesar de tener dos empleadas que trabajaban para ella, que era como si le alterasen la rutina. Afortunadamente, los fines de semana no solían abrir a menos que fuese una fecha señalada en el calendario.

—En ese caso, te llevaré yo mismo a la estación, si no te entregan el coche a tiempo.

Resopló.

—Cruzaré los dedos para que lo tengan —replicó.

Ambos se quedaron en silencio, las risas de una pareja al otro lado de la sala captaron su atención durante unos instantes.

—Mira, sé que esto te sonará...

—Oye, lo de antes... yo no...

Se miraron al ver que se habían pisado el uno al otro.

—Parece que ambos tenemos cosas interesantes que decir.

Hizo una mueca.

—Interesante, lo que se dice interesante... yo... quería disculparme por los de antes —dejó escapar un resoplido—. No te estaba espiando, de verdad que no. Es solo que me dejé el móvil. Volví a buscarlo, llamé incluso, pero el ruido del agua... yo... um... no vi nada en absoluto.

—Mentirosa.

Abrió la boca para protestar, pero la sonrisa que curvaba sus labios la llevó a hacer una mueca.

—Bueno, vale, quizá si vi... algo.

Se inclinó sobre ella, cogió un sándwich de la mesa y se lo acercó a los labios.

—¿Y te gustó lo que viste?

Miró el sándwich y luego a él. Se lamió los labios, se inclinó y pegó un mordisco muy cerca de sus dedos, pasando la lengua por su piel antes de retirarse y masticar lentamente.

—¿Si digo que sí, me mandarás a dormir bajo las estrellas?

Sonrió de soslayo y se comió el mismo el otro trozo de sándwich.

—Si dices que sí, podría pensarme el invitarte a mi cama.

Un nuevo gritito sonó al otro lado de la sala, un par de parejas se habían encontrado y se abrazaban, saludándose.

—De acuerdo... en ese caso confesaré que sí —comentó mirándole por debajo de las pestañas—, me gustó cada parte de lo que vi.

—Bien —replicó él, enderezándose—. ¿Una copa?

Miró a su alrededor.

—¿Aquí?

Se inclinó de nuevo sobre ella.

—Vayamos a algún lugar más privado, ¿te parece?

Asintió.

—Me parece.

Con eso cogió uno de los canapés y se lo llevó a la boca, mordiéndolo como deseaba pegarle un mordisco a él.

CAPÍTULO 11

—¡Sí!

Si no quedase como un soberano idiota al ponerse a bailar solo, empezaría a mover las caderas como Elvis, pensó Cup al ver como su pareja favorita hacía subir la temperatura.

—Sí, sí, sí... ¡Sí! —clamó por lo bajo, dejando que su emoción fuese en aumento y contagiase a las parejas que estaban a su alrededor—. ¡Al fin las cosas salen bien!

—¿Estás bien, Cup?

Se giró para mirar a una de las chicas que formaban el corrillo de parejas.

—Divinamente, hermosa —replicó encantado—. Mejor de lo que lo he estado en todo el día.

Y estaría todavía mejor cuando esas dos personitas que intercambian miradas y comentarios al otro lado de la mesa de catering levantasen el vuelo y fueran a hacer cosas calientes y sudorosas a alguna de las habitaciones. Ya le daba igual cual, mientras se encamaran durante toda la noche.

—Ey, ¿ese no es el gerente? —comentó alguno de los presentes—. Aunque a ella no la he visto antes.

—Sí, es el señor Ward —corroboró su compañera colgándose de su brazo—. ¿Quién es la chica? ¿Su novia?

—Pues si no lo es, tiene que ser alguien realmente especial para comérsela de esa manera con la mirada —aseguró su acompañante—. Me está dando envidia.

—Pues no entiendo por qué, yo estoy justo aquí mism... —

Ella no llegó a terminar la frase pues su chico la atrajo contra él y la acalló con un beso.

—Tú eres la única, ahora y siempre.

—Por dios... qué empalagoso... pero me encanta —se rio su compañera y arrancó risas en los demás.

Oh, el amor estaba en el aire y también el deseo. Esto era mejor que un afrodisíaco, pensó

lamiéndose los labios, degustando las emociones, el romanticismo y la sensualidad que se iba haciendo palpable con cada hora que pasaba. Sí, la fiesta iba exactamente cómo debería ir.

Echó un fugaz vistazo a su alrededor y observó complacido como cada una de las parejas que había formado ese último año de trabajo se asentaban por fin. Algunas habían pasado por altibajos, sabía que un par de mujeres habían sido deliciosamente infieles a sus parejas, pero esa lejanía momentánea solo había servido para reafirmar su identidad y hacerlas elegir por fin con quién estar. La inseguridad de alguno de los hombres se había evaporado, otros recordarían este día y la noche que estaba por venir como la mejor de sus vidas y la llegada de algo nuevo. Familias que se ampliarían, parejas que se consolidarían, nuevos amores florecerían... sí, había sido un buen año.

Volvió a mirar hacia el área de catering para darse cuenta de que su metedura de pata había desaparecido. Un escaneo rápido lo llevó a encontrarlos saliendo por la puerta.

—Ya era hora de que te decidieses, viejo amigo —sonrió al ver cómo Eros rodeaba la cintura de una divertida y caliente Valentina.

Sin duda el día había comenzado de la peor manera posible, pero incluso en los errores se encontraba el camino para seguir y ellos estaban ahora en el sendero correcto.

—Disfrutad de la noche, pareja —murmuró para sí y dejó que lo que era, lo que representaba se extendiese más allá de todo lo conocido, tocando lo que debía ser tocado, borrando las dudas, reforzando las elecciones y permitiendo que cada persona en el mundo disfrutara del amor en el día más especial del año.

Satisfecho consigo mismo, echó un último vistazo a la sala y sonrió al reparar en una coqueta y bonita pelirroja. Ella levantó una copa de champán rosa y lo saludó con esa coquetería y sensualidad que caracterizaba un alma fogosa a la par que tierna.

—Y yo disfrutaré de la mía.

Hecho el trabajo, era hora de disfrutar de los frutos... y qué mejor forma de hacerlo que despertando la pasión y el deseo en una apetecible mujer.

CAPÍTULO 12

—¿Es una costumbre tuya invitar a una chica a tu habitación y luego largarte?

Eros sonrió de soslayo ante la picante réplica que recibió nada más entrar en su dormitorio. Había acompañado a Valentina hasta allí para decirle a continuación que volvería en cinco minutos. La bandeja que traía en una de las manos con unos sándwiches, fruta, queso y una botella de vino en la otra fue toda la excusa que necesitó al respecto.

—Dijiste que no habías cenado.

Los ojos femeninos cayeron sobre las cosas y se lamió los labios.

—De acuerdo, puedes largarte siempre que a la vuelta traigas algo como esto —replicó, le quitó la bandeja de las manos y la puso sobre la mesa auxiliar para luego coger un trozo de queso—. Estaba muerta de hambre.

—Diría que lamento haberte interrumpido en el catering, pero no sería verdad.

—Oh, el maldito pepinillo y yo te agradecemos la interrupción —aseguró lamiéndose los dedos—. ¿Es tinto?

Asintió, sacó dos vasos de un pequeño mueble bar y descorchó la botella sirviéndoles a ambos.

—Por los encuentros interesantes —levantó su vaso después de darle a ella el suyo.

—Por los encuentros interesantes —corroboró antes de chocar el cristal y darle un sorbo al vino—. Um. Delicioso.

Sus ojos se deslizaron sobre su cuerpo y sonrió de soslayo.

—No es lo único.

Se lamió los labios ante sus inesperadas palabras, su lenguaje corporal hablaba por sí solo y el suyo no se quedaba atrás. Sentía la piel tirante, los pechos hinchados empujando contra la tela del sujetador, sus pezones duros y anhelantes de una caricia.

Se limitó a sonreír, bebió otro sorbo y se lamió los labios.

—¿Estás saliendo con alguien actualmente?

Y esa era la última pregunta que esperaba escuchar de la boca masculina.

—Si estuviese viéndome con alguien, tú estarías ahora mismo cenando solo, señor Ward —replicó sin despeinarse—. No tengo por costumbre tontear con dos hombres al mismo tiempo.

—¿Estamos tonteando?

—¿Cómo llamarle a esto sino? —replicó con un ligero encogimiento de hombros.

—Compartir una frutal cena y unas copas de vino —le dijo en su mismo tono—. Tantear el terreno antes de... pasar a la siguiente ronda.

—Tantear el terreno —repitió con lentitud—. Una forma interesante de verlo.

Sonrió y volvió a darle un sorbo a su bebida.

—Se pondrá incluso más interesante en unos minutos —aseguró y le señaló la bandeja—. Pero por favor, que mi cháchara no te impida cenar.

Le dio la espalda a propósito. La piel le hormigueaba debajo de la maldita tela, el sujetador parecía haber encogido una talla comprimiendo sus hinchados pechos y el tanga, aquella maldita prenda parecía dispuesta a darle la noche ajustándose más a su empapado e hinchado sexo.

—No lo haría, tengo muy buen apetito —replicó tomando un nuevo bocadito. Y la verdad, tenía hambre, pero un hambre que nada tenía que ver ya con la comida.

—Entonces, ¿he podido entender que llevas una empresa?

La inofensiva pregunta la llevó a volverse hacia él.

—Más que una empresa, es una tienda, una floristería, pero sí —asintió—. Es en lo que trabajo.

La miró de la cabeza a los pies.

—No pareces una florista, no te ofendas.

—No me ofendo —aceptó—. Entiendo que ahora mismo no doy precisamente el perfil de alguien que se pasa el día entre flores, tierra y abonos varios.

—Nunca te fíes de las apariencias...

—¿Lo dices por ti? —repuso ladeando la cabeza y ofreciéndole el mismo escaneó que le había hecho él—. Tú tampoco tienes aspecto de gerente de un camping.

Asintió, concediéndole ese punto.

—Llevo casi cinco años dirigiendo este lugar —aceptó señalando la habitación con su vaso de vino—. Pero he sido *Ranger* muchos años más.

Y ese era un cargo en el que sin duda podía verlo. Bajó la mirada sobre él y se fijó en la pierna en la que no se apoyaba. Le había visto cojear ligeramente al andar.

—Sí, ese fue el motivo por el que me retiré —dijo habiendo captado la dirección de su mirada.

—Lo siento, no ha sido cortés por mi parte...

Levantó una mano y la interrumpió.

—No me molesta, Valentina, forma parte de lo que soy —respondió con un ligero encogimiento de hombros.

—Eres un hombre extraño, señor Ward, pero también interesante —aceptó dándole un último sorbo a su vino, notando el sabor deslizándose por su garganta.

Le cogió el vaso, quitándoselo de las manos y manteniéndose cerca, tanto que se encontró prácticamente pegada a él.

—¿Lo suficiente interesante como para que decidas quedarte en esta habitación?

Deslizó la mano hasta su cintura y la ciñó atrayéndola hacia él, permitiendo que el calor de su cuerpo acariciase el de ella sin llegar a apoyarse.

—Podría ser...

—Me gustaría besarte, Valentina —declaró hundiendo la mano libre en su pelo, frotando los mechones entre sus dedos, mirándola a los ojos.

Se lamió los labios, que recordase era la primera vez que alguien prácticamente le pedía permiso para hacerlo.

—Y a mí me gustaría que lo hicieras... al menos una vez.

Bajó sobre ella, su aliento le acarició los labios un segundo antes de que los cubriese con los suyos en un casto y dulce beso que prometía mucho más que daba.

—Una vez puede que no sea suficiente —se los acarició ahora con el pulgar, sus ojos fijos en los de ella—. ¿Estarías dispuesta a aumentar el número?

Su corazón empezó a latir más deprisa, la respiración se le aceleró y el deseo prendió en sus venas.

—Podrías persuadirme de hacerlo, sí.

—¿Estás segura? —insistió planeando sobre su boca con otro tierno y ligerísimo beso—. ¿Completamente segura?

—Tanto como podría estarlo cualquiera en mi lugar.

Sonrió y le chupó el labio inferior arrastrándolo entre los dientes.

—Última oportunidad para retirarte, pequeña.

Él estaba dispuesto a darle la oportunidad de echarse atrás a pesar de que la deseaba. No necesitaba comprobar lo duro que estaba, su erección le rozaba la pierna y era suficiente respuesta, sus ojos corroboraban lo que su caliente aliento le decía mientras la acechaba como un cazador.

—¿Y si eso no es lo que quiero? ¿Y si deseo quedarme?

—En ese caso te poseeré hasta que me haya saciado de ti.

Bajó de nuevo sobre su boca, mordiéndole los labios, persuadiéndola de abrir para penetrarla con la lengua y arrastrarla a un tórrido beso.

—Apoyo la moción —farfulló durante un segundo en el que se detuvo para coger aire.

Su cuerpo blando y redondeado se pegó al suyo, sus caderas se amoldaron a su pelvis apretándose contra su duro pene y la escuchó gemir en su propia boca.

—La apoyo completamente.

Eros se rio en su boca y deslizó las manos por su cuerpo mientras ella hacía lo mismo por el suyo. Le amasó los pechos, sus pezones se endurecieron aún más bajo el tacto de sus dedos, probándola, descubriendo sus secretos y lo que la hacía gemir. Abandonó su boca tan solo para sembrar de besos su cuello, mordisqueándola, degustando el sabor de su piel. La quería caliente y rabiosa, deseosa de más, de él y de todo contacto íntimo que quisiera ofrecerle y reclamase para sí mismo.

—Eres una cosita caliente y preciosa, Valentina —le susurró al oído, alternando sus palabras con mordisquitos—, y estoy deseando clavarme en ti.

Presionó la pelvis contra ella, le aferró las nalgas y se frotó por encima del pantalón haciéndola completamente consciente de su dura erección.

—Oh dios...

Sonrió y volvió a capturar su boca, se estiró hasta su propio cuello y cogió las manos femeninas que se aferraban a él. Le chupó uno a uno los dedos de una mano, viendo el color incrementarse en sus mejillas y el deseo nublando sus ojos y llevó la otra entre sus cuerpos, presionándole la palma contra su duro pene restringido por el pantalón.

—Esto es lo que me provocas —gruñó disfrutando de la fricción, del calor de su mano bajo la suya—. En la ducha... cuando me tocaba... era a ti a quién veía en mi cabeza, era tu mano la que estaba alrededor de mi polla, tus dedos, tu boca... Te imaginaba desnuda, excitada y hambrienta, rogando por más.

Emitió un agónico gemido en respuesta, su boca recibió una vez más las embestidas de su lengua mientras la empujaba contra la puerta de su propia habitación, empujándola contra la madera, aprisionándola con su cuerpo.

—Te quiero mojada, tan húmeda que los jugos resbalen entre tus muslos.

Se estremeció entre sus brazos, gimió en su boca y se las arregló para musitar algo parecido a:

—No te va a costar mucho... Dios...

Gruñó y le mordisqueó la garganta mientras sujetaba una de sus manos por encima de la cabeza. Dejó ir su otra mano y sonrió cuando no movió un centímetro los dedos del lugar en el que

los había dejado. Su palma seguía presionada contra su sexo, duro, palpitante, deseoso de meterse entre sus piernas y follarla con fuerza.

—Tanta sinceridad es... inusual y refrescante...

La besó una vez más en los labios, una caricia superficial, un juego de persuasión y jadeos, una distracción que le permitía incursionar por debajo de su falda, acariciarle las nalgas y resbalar los dedos entre sus piernas. La acarició por encima de la húmeda tela del tanga, enredó los dedos en la fina tira y la hizo a un lado para resbalar las yemas sobre su húmedo corazón.

—Tan caliente y mojada —ronroneó sin dejar de prodigarle pequeños besos—, tan perfecta...

Movió los dedos hacia delante, acariciándola, penetrando en su carne anhelante con premeditada lentitud. La tensión en su cuerpo hablaba por sí sola, le decía tanto o más que los susurros que escapan de entre sus labios.

—Me muero por estar dentro de ti...

Buscó de nuevo su boca y la besó, no se cansaba de sus labios, de su sabor y de esa suavidad que la envolvía y la hacía perfecta para acogerle.

—Quiero oírte gemir cuando te posea, quiero oírte gritar de placer...

Le ahuecó el rostro y volvió a besarla con un hambre que equiparaba la suya, sus dedos la abandonaron solo para apretarla más contra él, para sentir su corazón latiendo a la par que el suyo.

—La pregunta es, ¿lo quieres tú Valentina?

Sus manos resbalaron por sus senos, le pellizcaron los pezones, le acariciaron la tripa y se detuvieron a enmarcar su cadera. Ella jadeó al sentir sus dedos deslizándose por sus mulos, acariciando el borde entre sus piernas solo para retirarse una vez más.

—Si estás haciéndome ahora mismo esa pregunta es que no te has enterado todavía de que si estoy mojada es culpa tuya —le soltó entre nerviosas risitas—. ¿Estás esperando que te diga qué no?

—Ni se me ha pasado por la cabeza.

—Entonces no hagas preguntas estúpidas y sigue con lo que estabas haciendo.

—Me gusta la forma en que dices «*por favor*».

—En realidad estaba diciendo... «*Por dios, hazlo ya*».

Se rio entre dientes, volvió a besarla en profundidad solo para arrancarse de sus labios, girarla de cara a la puerta y levantarle la falda hasta la cintura. Introdujo la mano entre sus cuerpos y se desabrochó los pantalones dejando libre su erección que pronto estuvo cubierta por un preservativo.

—Sigue gustándome tu forma de decirlo —se rio en su oído, la sujetó de la cadera, hizo a un lado la tela del tanga y la penetró—. Oh... sí... caliente y mojada, perfecta.

Arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás lo justo para permitirse besarla una vez más antes de empujarla de nuevo contra la puerta y retirarse casi por completo solo para volver a entrar.

—Eros... —jadeó su nombre.

—Suave, dulzura —le susurró al oído—, esto no es más que el comienzo.

Tiró de su cintura hacia él, guio sus manos hasta colocarlas con las palmas presionando la madera, una posición que le permitía un total acceso a su cuerpo.

—Te siento tan apretada a mi alrededor —gruñó en su oído—, tan caliente y apretada...

—Hablar, después... ahora... muévete, por dios, hazlo...

Su histérica respuesta lo llevó a reír, se deslizó una vez más de ella solo para volver a empujar. Aferró su cintura y la sujetó mientras disfrutaba de su cuerpo y de los gemidos que escapaban de su garganta.

—Oh dios... oh... sí... oh sí...

Oírla murmurar su placer encendía el propio, la sensación del húmedo y apretado sexo aprisionando el suyo amenazaba con arrancarle la cordura y esos pechos que se bamboleaban en el confinamiento de la blusa, los pezones marcándose sin pudor eran toda una tentación.

—Tienes demasiada ropa puesta —rumió en su oído, sus caderas moviéndose por sí solas, más rápido, más fuerte, buscando el alivio a la necesidad que ella le despertaba.

—¿Lo dice el que tenía prisa por abrirse los pantalones que tuvo que hacer a un lado mi tanga?

Sonrió contra su cuello, mordisqueándola.

—¿Te estás quejando de la manera en la que te follo?

—¡Dios no! —jadeó y giró la cara lo justo para encontrarse con su mirada y su boca—. Pero después de ver todo lo que hay debajo de la ropa... a mí también me sobra.

—En ese caso, el siguiente polvo nos encontrará a ambos desnudos y en la cama.

Reclamó su boca en un caliente y tórrido beso y se impulsó en su interior, montándola con fuerza y rapidez, llevándolos a ambos a un explosivo orgasmo que sería el preludeo del resto de la noche.

CAPÍTULO 13

—Esta tiene que ser la última de las maneras en la que esperaba terminar el día de hoy.

—¿Es una queja?

Sonrió y negó con la cabeza.

—Solo una reflexión en voz alta.

—Esas no sirven de mucho, créeme, me las hago a menudo.

—¿Y tienes alguna en mente para ahora mismo?

Negó con la cabeza.

—Ninguna en absoluto. Estoy demasiado cómodo y saciado como para pensar siquiera en moverme, mucho menos en hacer funcionar el cerebro —aseguró continuando con sus caricias. Su cuerpo era cálido, duro, un fantástico colchón.

—Siento que tu caja de San Valentín no haya llegado a tiempo.

Bajó la mirada sobre ella y sonrió de soslayo.

—Viendo lo que he obtenido en su lugar, me importa un comino la puñetera caja —aseguró con absoluta franqueza—. Aunque lamento que haya tenido que ser a costa de un accidente.

—Dicen que no hay mal que por bien no venga, ¿ves? Has salido ganando.

—¿Y tú no?

—Yo... supongo que también —se acurrucó más cerca—. Esto es... extraño... quiero decir.

¿Te das cuenta que apenas nos conocemos?

—Eso lo hace todo mucho más interesante.

—Hablo en serio —se incorporó sobre el codo y lo miró—. Y no me estoy quejando, ¿eh?

—Yo diría que sí.

Puso los ojos en blanco.

—Bueno, vale, quizá un poquito.

Ahora fue su turno de sonreír.

—Tu franqueza es algo refrescante, Valentina, no la pierdas.

—No tengo intención de hacerlo —hizo una mueca y empezó a jugar con el vello de su pecho—. Si no he cambiado a estas alturas, ya no creo que vaya a hacerlo.

—Entonces, ¿qué es lo que te inquieta? ¿Qué te ha pasado por la cabeza?

—Este mismo momento —declaró sin levantar la mirada—. ¿Sexo de una noche? Diablos, sí. Resulta incluso estimulante, pero esto...

—¿Esto? —le levantó la cara con un dedo obligándola a encontrarse con su mirada.

—¿Tienes idea de las veces que me quedo en la cama a tener una charla con un tío? —soltó entre murmullos—. Siempre ha sido... llegar, follar y marcharse.

Se echó a reír, las carcajadas resonaron en la habitación y a través de su cuerpo.

—Cariño, está claro que no te has acostado con los hombres correctos —declaró él risueño, la rodeó con un brazo y la giró dejándola de nuevo debajo de él—. Nadie que tenga dos dedos de frente perdería la oportunidad de rezongar en la cama con una cosita como tú. Eres un encanto, ocurrente e inteligente, ¿por qué no iba a disfrutar cualquier hombre teniendo una charla post-sexo con una mujer como tú?

Ese tenía que ser el mayor halago que le había hecho un hombre completamente desnudo y estando sobre ella.

—En cuanto a lo de que somos dos desconocidos... —continuó, deslizó la mirada por su cuerpo desnudo despertando de nuevo su deseo—. Después de lo que hemos hecho nadie puede acusarnos de no conocernos en profundidad.

—Ese es un pensamiento típicamente masculino —replicó.

—Lo es, sí —asintió y bajó sobre sus labios. Fue un beso tierno, casi casto—, pero no deja de ser la verdad. ¿Quién dice que dos personas tienen que conocer todo su pasado, de dónde vienen y a dónde van para decir que se conocen? Puedo decirte por experiencia, que esto —resbaló la mano sobre su cuerpo, acariciándole los pechos, despertando su deseo—, es mucho más conocimiento que el saber cuál es tu color favorito.

—El rojo. —Se sonrojó nada más salieron las palabras de su boca—. Lo siento, mi cerebro va por libre ahora mismo.

Sonrió y volvió a besarla.

—Me gusta que vaya por libre, eso hace las cosas mucho más interesantes —aseguró bajando de nuevo sobre su boca. Su sexo, hasta ahora en reposo, había vuelto a endurecerse y podía notar su pene erecto contra sus muslos—. Me gusta que me sorprendan y tú prometes ser una caja de sorpresas.

—Eso no te lo discutiré —aseguró deslizando las manos sobre su espalda, arqueándose contra él, disfrutando de su contacto—. A menudo ni yo misma sé cómo termino haciendo las cosas que hago. Le echo la culpa de ello a la educación liberal que me dio mi madre, pero creo que solo puedo culparla en parte... la otra es totalmente mía.

—Así que has recibido una educación liberal.

Asintió enlazando las manos detrás de su cuello.

—Muy liberal —ronroneó—. ¿Cómo crees sino que he terminado en tu cama sin apenas conocerte?

—Esperaba que por mis encantos.

Sonrió abiertamente.

—Sí, eso también ha contribuido —corroboró sus palabras.

—Los cuales apreciaste abiertamente mientras me duchaba.

—¿No vas a dejar eso correr?

—Quizá lo haga cuando pueda verte en las mismas condiciones —la besó de nuevo—. Desnuda, con el agua corriendo por tu cuerpo y tu propia mano metida entre tus piernas dándote placer.

Sacudió la cabeza.

—Te lo estás pasando muy bien a mi costa, señor Ward.

—No, me lo estoy pasando realmente bien contigo —aclaró besándola ahora profundamente al tiempo que resbalaba en su interior—, y dentro de ti.

No respondió, no le salieron las palabras y los gemidos no creía que fuesen lo suficiente coherentes para considerarlos conversación.

CAPÍTULO 14

La mañana post San Valentín era uno de esos momentos que más le gustaban a Cup. Sentado a la mesa del comedor principal, con una taza de café a un lado, una tostada con queso y mermelada al otro y un vaso de zumo de naranja recién exprimido podía tomarse unos minutos y recrearse en los cambios que se reflejaban en su libreta.

—Bernice, hecho. Camden, hecho. Carlos, hecho. Naomi y Juliette, hecho y hecho —canturreaba al tiempo que iba marcando los nombres—. Tú eres un caso perdido... tú ya estás en el buen camino... Ah, sí... y el lío más grande de todos los tiempos solucionado.

Ver sus nombres en rojo le produjo una satisfacción especial. Sabía que las cosas llevarían su tiempo, ni Eros ni Valentina eran de los que creían en el amor a primera vista, no esperaba que se enamorasen perdidamente en cinco minutos o en el transcurso de una noche, pero la semilla había sido plantada y, con el tiempo, germinaría hasta convertirse en el amor de dos almas destinadas a encontrarse.

—Ahora os toca a vosotros, chicos —murmuró cerrando la libreta con gesto satisfecho—. Yo ya hice mi parte.

Y lo que le había costado. Lo que había comenzado como un desastroso revés del destino había terminado fructificando, pero no sin esfuerzo. Nunca pensó que tendría que emplearse a fondo, después de todo, su presencia a menudo solía ser suficiente para que todas las piezas encajasen en su sitio. Pero no, ellos no podían hacérselo tan fácil, tenían que hacerle sudar corazones.

Echó un vistazo al comedor y suspiró satisfecho al ver los resultados de su trabajo. Estas eran las pequeñas cosas que le hacían creer en la humanidad y en que todavía existía esperanza para el futuro. Mientras hubiese gente dispuesta a abrir sus corazones a otras personas, su trabajo estaría asegurado eternamente.

Cogió la taza de café y le dio un sorbo encontrándola amarga.

—Es verdad —murmuró para sí, su mente empezando a trabajar ya en los planes que traerían consigo el próximo año—. Tengo que encargarme del pobre «*atropella venados*».

El cosmos volvía a alinearse de nuevo, haciendo los cambios que el destino dictaba y trayendo con ello nueva información que se rebelaría en su libreta. Y él era una de esos cambios, uno que prometía darle tanto trabajo o más del que le habían dado Eros y Valentina.

—Está claro que Cupido no puede tomarse vacaciones —murmuró, le pegó un mordisco a la tostada y se bebió el zumo de golpe.

Era hora de empezar a pensar en el próximo catorce de febrero y en las parejas que debían ser unidas por toda la eternidad.

CAPÍTULO 15

Valentina había resultado ser mucho más de lo que parecía a simple vista. La contestona y resuelta mujer era una cosita cálida y tierna, con una visión de la vida que muy bien podía encajar con la suya. Su accidentada llegada había sido inesperada y caótica, pero había conseguido que ese catorce de febrero fuese un día para recordar y difícil de olvidar.

La pelirroja batallaba ahora con el mecánico, explicándole el por qué necesitaba su coche a la de ya. Podía haberla detenido, haberle dicho él mismo que solo la grúa movería ese vehículo de ahí si esperaba sacarlo hoy, pero estaba disfrutando demasiado al ver ese curvilíneo cuerpo moviéndose y gesticulando con pasión; la misma que había mostrado en su cama.

—Mire, necesito el coche hoy —le decía al viejo mecánico—. No mañana, ni la semana que viene. Hoy.

—Pues hoy no será, señorita —replicó el hombre con profunda paciencia—. Ya le he dicho que al menos tardarán dos días en enviar esa pieza.

Sabía que tendría que llevarla a la estación del tren, pero podía alargar ese momento tanto como pudiese y disfrutar todavía de su presencia unos momentos más.

—Dios... estoy abocada al desastre —resopló dándole la espalda al mecánico—. No hay otra forma de verlo.

—Deberías empezar a ver el lado bueno de las cosas, nena.

Enarcó una ceja y lo miró.

—¿Cuál? No veo cómo quedarme tirada en medio de la nada y ser atropellada puede tener un lado bueno.

—Yo diría que el que estés de una pieza sería un buen motivo que poner en el lado bueno.

Suspiró profundamente y asintió.

—Eso no voy a discutirte —aceptó caminando hacia él—. Pero eso no soluciona el problema

de que estoy sin coche y tengo una tienda de la que encargarme.

—Siempre te queda la opción del tren o... —hizo una pausa—. Quedarte un par de días más.

Sus labios se curvaron en una pequeña y coqueta mueca.

—Elijo la opción del tren —miró de nuevo hacia atrás, hacia el coche—. El coche tendrá que quedarse hasta el viernes aquí.

—Viernes, ¿eh? —Se frotó la barbilla—. Es posible que pueda tener una cabaña libre para el próximo fin de semana.

Era una invitación abierta. No iba a andarse con rodeos, no tenía edad para ello. Si la aceptaba, volvería a verla, de lo contrario, habría sido otra mujer más, una encantadora y que sin duda recordaría, pero todo terminaría ahí.

La sorpresa bailó unos instantes en sus ojos, sus mejillas adquirieron un ligero rubor antes de que apartase la mirada, carraspease y volviese a mirarle de soslayo.

—¿Haces este tipo de invitaciones a todas las chicas que conoces?

Sonrió interiormente.

—Solo ofrezco los servicios de mi camping —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. Sé por experiencia que es un buen lugar para relajarse, disfrutar de la naturaleza y unos días de tranquilidad... o un fin de semana de placer.

—Um... me estás tentando, Eros, me estás tentando —replicó ella con gesto pensativo—. Pero hay un problema.

—¿Cuál?

—¿Puedo elegir yo la cabaña?

Entrecerró los ojos y sonrió lentamente.

—Solo si es la mía, Valentina, solo si es la mía.

Hizo un bonito puchero y le dedicó una caída de ojos de lo más seductora.

—Veo que pensamos igual, señor Ward —declaró con voz sensual—. ¿Qué te parece si discutimos los términos mientras me llevas a la estación del tren?

—Será un auténtico placer.

Y lo sería, cada momento que pasaba al lado de esa mujer lo descubriría más y más placentero.

EPÍLOGO

Un año después...

Sin duda este era un lugar en el que le gustaba estar, había llegado allí de casualidad, buscando un nombre en su libreta, uno que pertenecía al hombre que estaba detrás del mostrador de la recepción haciéndole muecas a su mujer. Eros había sido el motivo principal de su presencia en *The Woods*, el alma que lo había atraído a ese lugar lleno de esperanza en medio de un pequeño pueblo de Utah. Año tras año había esperado que llegase su momento, que apareciese la mujer que le haría creer de nuevo en el amor, pero nunca imaginó que esta llegaría a raíz de una rocambolesca metedura de pata.

—¿Otra caja?

Su tono de voz decía claramente que recordaba lo que había en la anterior. Valentina se la había entregado antes de que la llevase a la estación de tren la primera vez, pero no había visto su contenido hasta días después.

—No te quejes, la primera fue la que me trajo hasta aquí.

Un recordatorio de lo más oportuno, pensó Cup observando la escena desde un rincón.

—No me quejo, amor, pero empiezo a tenerles miedo después de ver el contenido de la del año pasado.

Valentina se echó a reír y dejó la enorme caja sobre el mostrador del recibidor.

—Esta vez he elegido yo su contenido —le informó—. No más juguetes sexuales... aunque tienes que admitir que le hemos sacado partido.

Él se limitó a poner los ojos en blanco. Sus antiguos compañeros tenían un sentido del humor de lo más retorcido.

—John todavía se está riendo por ello, nena.

La chica sacudió la cabeza haciendo volar su melena pelirroja y palmeó con suavidad el recipiente de cartón. Estaba radiante, el amor había llegado por fin a su vida y le había hecho el mejor de los regalos.

—Ábrela y deja de protestar —pidió con el mismo ímpetu de siempre—, te prometo que te gustará lo que hay dentro.

Eros arrugó la nariz nada convencido, pero complació a su mujer. Quitó el pomposo lazo y retiró la tapa para ver lo que había en su interior.

—¿Una postal? —La sorpresa y la incompreensión se reflejaron en su tono.

—Tú ábrela.

El sobre rojo, el color favorito de Valentina, giró entre los dedos de Eros mientras retiraba la tarjeta de su interior y se la quedaba mirando con cara de sorpresa.

—¿Es una broma?

La misteriosa sonrisa que curvó los labios de su mujer lo decía todo.

—Ábrela.

Dejando a un lado el sobre abrió la tarjeta y algo calló de su interior, una pequeña fotografía en blanco y negro.

—Te presento a tu hijo, papá —le informó cuando él recogió la instantánea de la ecografía—. Feliz día de los enamorados, señor Ward.

Eros miró a su esposa, la chica que había llegado a su vida un año atrás y con la que llevaba casado apenas seis meses.

—¿Un bebé?

Valentina se echó a reír.

—¿Qué pone la tarjeta, amor? —Se la quitó y señaló con el dedo la imagen de un bebé y el eslogan que resaltaba entre corazones.

—Hola, papá... He venido para quedarme —leyó él en voz alta.

—¿Ves? Por eso me gusta entregar estas cajas en San Valentín... la cara que os queda a los clientes es de lo más divertida.

Cup sacudió la cabeza y sonrió ampliamente al ver que su amigo reaccionaba por fin a la noticia y abrazaba a Valentina como si fuese la cosa más preciosa del mundo. Ella había llegado a su vida hacía ya un año y lo había hecho para quedarse para siempre.

—Que el amor guie vuestros pasos, amigos míos —murmuró. Entonces hizo una mueca—. Dios, pasen los años que pasen, sigo sonando muy cursi.